

MIGUEL ANGEL GAUTIER

PLATICAS DOCTRINARIAS

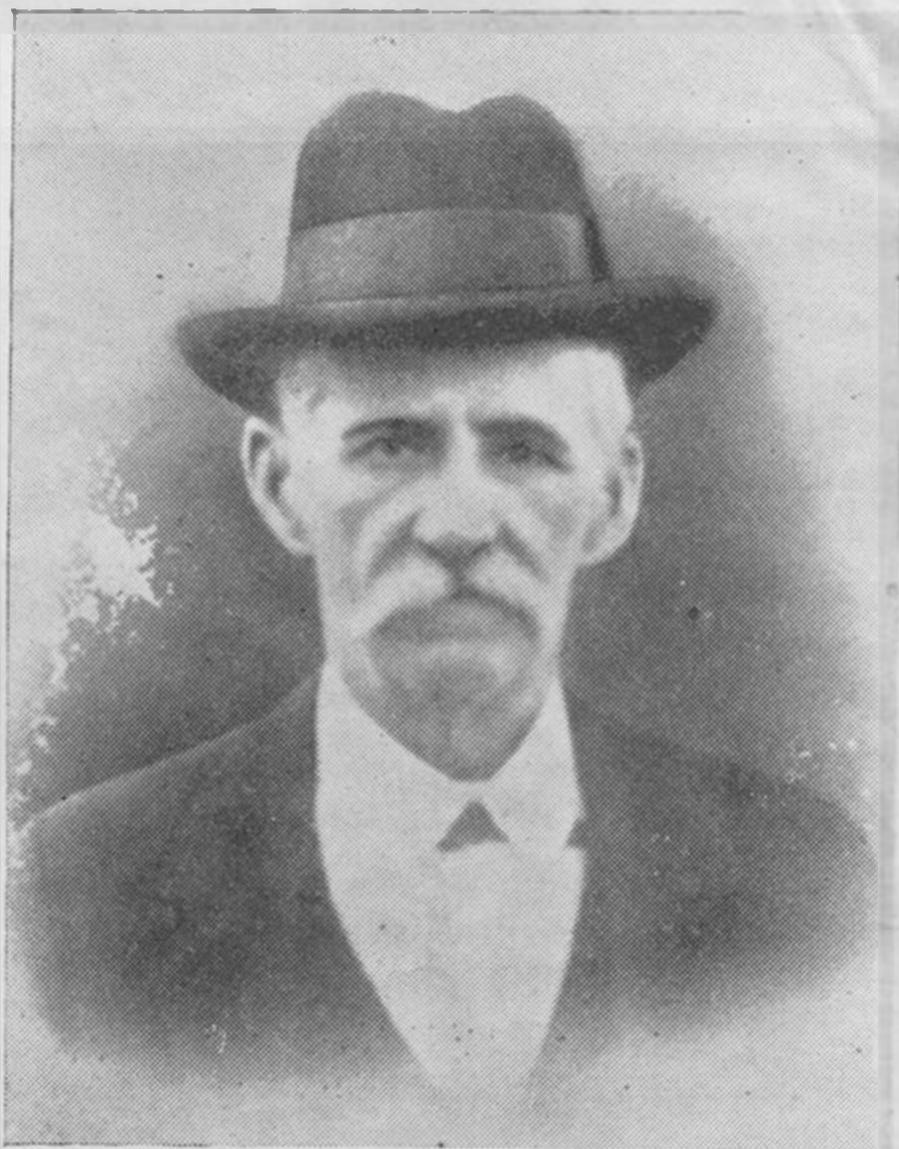


COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

IMPRESORA DOMINICANA

Ciudad Trujillo

1950



MIGUEL ANGEL GAUTIER



BN
200.1
G277P
e.2

CONTENIDO

Reflexiones de orden genésico	Capítulo I	Página	1
Anotaciones Teogónicas	" II	"	9
Lo Inmaterial del Materialismo	" III	"	15
Ojeada sobre el Panteísmo	" IV	"	23
Consideraciones espiritualistas	" V	"	25
Disquisiciones espiritualistas	" VI	"	33
Complejidad de la conciencia	" VII	"	87
Supuesto origen de la Moral	" VIII	"	95
El dolor físico y el sufrimiento moral	" IX	"	115
El Bien y el Mal	" X	"	133
Potencias del alma	" XI	"	141
Religión sin fanatismo	" XII	"	149

Monting Boag - 7-4-72

Compra

Reg. No.

004022

e.2



Con la publicación de "Pláticas doctrinarias" rendimos culto a la memoria de su inolvidable autor, don Miguel Angel Gautier y satisfacemos una loable aspiración de su noble y generosa viuda, doña Oliva A. de Gautier, quien nos ha facilitado para ello los originales inéditos que conservaba celosamente.

"Pláticas doctrinarias" no es sólo la obra de un pensador meritorio, sino el testimonio elocuente de un hombre que vivió para la práctica del bien. De un hombre de bien que recogió en las sinceras páginas que leeréis el apreciable caudal de su inteligencia, tratando de conducir al hombre —su semejante— por las rutas de la comprensión y de la fe.

Aunque escritas hace más de quince años, estas páginas conservan íntegramente el valor doctrinal que tenían al ser concebidas. Es más: el actual estado caótico por que atraviesa la humanidad actualiza muchos de sus puntos de vista, que si en cierto modo son polémicos, como toda doctrina, no dejan de contener asertos filosóficos de indiscutible valía, especialmente en aquellos capítulos en que enfoca, con clara visión, los problemas antinómicos del Bien y del Mal.

Por su valor intrínseco y por su significación dentro del pensamiento dominicano, esta obra no podía ni debía quedar inédita. Al publicarla, complaciendo los deseos de doña Oliva A. de Gautier, brindamos al lector la oportunidad de conocerla y ofrecemos al autor un humilde tributo a su memoria.

EL EDITOR.



Capítulo I

CONSIDERACIONES GENESICAS

I

Tanto el principio como el fin de las cosas están hasta hoy ignorados y quizás nunca se satisfará esa aspiración humana en pro de la cual el hombre ha empleado una gran parte de su tiempo en investigaciones estériles, que no han producido más que teorías, prevaleciendo por más o menos tiempo.

La de la nebulosa, que actualmente predomina, fué negada al principio, después aceptada con reserva, finalmente, entronizada como verdad inconcusa y quien sabe si al correr de los tiempos otra más avanzada como la bioquímica culminará y se relegará la de la nebulosa al rango de las lucubraciones fantásticas, como tantas otras que tuvieron su apogeo en relación con la época en que se difundieron, porque es natural que toda teoría sobre el génesis de los mundos descansando sobre la certeza del saber humano, no puede permanecer indefinidamente tan

estable como las leyes que rigen el absoluto equilibrio de la vida planetaria. Afirmar que el hombre en su incesante amor por descubrir los misterios de ella llegue al desiderátum de la cuestión, es sentar el principio de infalibilidad en las concepciones intelectuales del ser humano, cuestión algo utópica por cuanto las ámplias manifestaciones del cerebro pensante, tienen sus limitaciones allí donde comienzan a perturbarlo los incomprensibles arcanos que encierran los firmamentos; pero como la teoría de la nebulosa fundada en la condensación de la materia cósmica por Laplace, es la que permanece respetada hasta ahora, conformémonos con ella a pesar de haber nacido tal hipótesis de una materia cósmica esparcida al parecer caprichosamente en todo el espacio sideral, y que de sus diversas condensaciones surgieron los mundos de nuestro sistema solar, porque es evidente el partir de un origen ya real, o hipotético, o hiperbólico, para hacer surgir la descripción del inmenso cuadro de las transformaciones serias archivadas en el gran libro de las Ciencias Naturales.

II

Al reflexionar sobre la variedad de movimientos que se observan en nuestro planeta, no podemos menos que admirar la maravillosa combinación que

hace estable la vida armónica terrestre, como así mismo la misteriosa e incomprensible dirección que preside a tan complejo engranaje; pretender conocer esos detalles de la vida cósmica o estelar en su *Alfa*, es ir porfiadamente a estrellarse contra lo imposible, porque lo absoluto de los principios está aún más allá del horizonte de la concepción humana.

Entendemos que la naturaleza íntima de los cuerpos simples, si es que física o químicamente existen los tales, es desconocida por la ciencia; luego, si existe la simplicidad o por mejor decir la esencialidad en determinados elementos de la naturaleza, es lógico suponer la multiplicidad de esencialidades en otros cuerpos, y por tanto incomprensible para el hombre actual ese misterio de la constitución intrínseca de ellos.

III

Las diferencias notablemente marcadas que se observan en el proceso evolutivo de los tres reinos nos impele a sospechar que, la evolución constante en el sentido ascendente o sea hacia la raza humana, es una ley que podemos nominarla, ley de la semejanza, porque es innegable, si nos atenemos a las comprobaciones científicas que, cada uno de los tres reinos está enlazado entre sí, y que ese enlace o esla-

bón, como quiera llamársele, está integrado por elementos constitutivos de los reinos que se enlazan, y aunque ello no está hasta el presente bien definido, se puede sospechar que debe efectuarse entre la escala superior del reino incluido y la inferior del reino el cual se incluye; es así que la ley de semejanza, en lo que respecta al mejoramiento físico, siempre que admitamos al hombre como el perfecto creado, no se puede negar, porque ella es en verdad una fuerza constante, generatriz y expansiva con gradaciones, por lo cual la especie inferior de un reino superior adquiere cierta característica que se asemeja a la especie superior de un reino menos avanzado.

Las edades geológicas nos ofrecen el testimonio más cabal de las semejanzas, y como estas se han verificado siempre en el sentido ascendente, cuya comprobación la demuestra las sucesivas capas que hoy integran el sólido terrestre, desde la serie azoica hasta la cuaternaria, se observa en los terrenos rudimentarios, que una naturaleza fosílica conserva siempre un rasgo de la precedente, pero que en su desarrollo presenta una característica nueva que la diferencia de la anterior, constituyendo un nuevo tipo de la especie hasta llegar por gradaciones lentas pero ascendentes, hacia el cuadrúmano en la segunda clase del orden de los mamíferos, o sea los monos antropomorfos, los cuales por su corporeidad fisiológica parecen ser los antecesores del bípedo por

excelencia, del bimanio perfectible, del hombre, del tipo que más tarde urgido por la curiosidad de indagar su procedencia y ascendencia se reconoce descendiente de un animal imperfecto, y se conceptúa predestinado para alcanzar mediante su voluntad inteligente, el misterio de su porvenir.

El desconocimiento hasta hoy de la naturaleza íntima del hombre, muy a pesar de las investigaciones de los sabios, tiene su fundamento en el origen misterioso que la envuelve; bien que el cuerpo humano tan sabiamente organizado anatómicamente en sus grandes sistemas, denuncia y hace comprensible hasta cierto límite la función vegetativa y la correlación de los sistemas que abarcan las funciones circulatoria, respiratoria, nutritiva, etc, cuyo conjunto es más complicado que el de los otros animales de la creación; y ello demuestra palmariamente, que esa máquina ha venido perfeccionándose por grados hasta llegar en el hombre al punto culminante de una aparente perfectibilidad, lo cual nos induce a sospechar que el desarrollo de la estructura material del ser humano está regido por una ley: la de la armonía fisiológica, muy distinta a las manifestaciones que no caen bajo el dominio de la animalidad y que nos hace aceptar la idea de otra actividad muy diferente.

IV

La característica más saliente de la superioridad del ser humano consiste en la facultad de expresar su pensamiento en una forma que no tiene igual con aquella de que se valen los animales para ejercer su instinto; otras condiciones exclusivamente inherentes al hombre dicen de su privilegiada condición de ser pensante y consciente.

Las diversas manifestaciones del instinto inteligente en la escala zoológica, no obedecen más que a la necesidad de satisfacer las exigencias de su sistema anatómico, y casi todas aquellas se contraen al trabajo de proveerse del vehículo necesario para su nutrición; no se puede negar tan en absoluto como lo pretenden algunos, que los irracionales carezcan por completo de ciertos rasgos que caen bajo el dominio de una rudimentaria mentalidad, porque, en efecto, aceptando el desarrollo progresivo de la evolución transformista en la especie humana, físicamente hablando, se debe admitir como complemento de ello, la otra evolución que lentamente tiene que verificarse en el sentido de la inteligencia.

Cómo fué adquiriendo la mentalidad su desarrollo, es cosa algo compleja y difusa; pero lo cierto es que el progreso de ella es un hecho cumplido y recordemos que mientras más alejado esté el hombre de las influencias groseras de la materia, más

amplia es la comprensión de su entendimiento, más perseverante su voluntad y más intensa y latente la fuerza de su memoria; y como comprobación acordémonos del salvaje que vive la vida burda de la naturaleza, en el bosque, en la caverna, con su herborismo y su sensualismo antropomórfico; del barbero, intermediario entre aquél y el civilizado, con sus usos y costumbres en que privan la fuerza bruta, la irascibilidad como factor del valor, la impudicia como orgullosa presa de sus groseros sentidos; y por fin contemplemos al hombre instruido discusobre el cuerpo y el alma. Esto explica que el llamariendo sobre el bien y el mal, la virtud y el vicio, do rey de la creación fué en su infancia pre histórica, tan rudimentario en rasgos de inteligencia como lo puede ser en esta época el Chimpancé más domesticado. ¿Por qué pues poseyendo el hombre primitivo idéntica conformación anatómica que el sabio moderno, ha tardado tanto en llegar al momento presente? ¿Por qué ha podido al través de los siglos alcanzar hoy la elevada cumbre intelectual desde la cual culmina? ¿Por qué esos descubrimientos modernos que alejan constantemente al ser del oscurantismo primitivo? ¿Por qué ese anhelo ardiente en la investigación del principio vital de la existencia? ¿No es todo ello como una consecuencia del despertar lento y luminoso de algo superior a la materia?

.Es muy hipotético pues, establecer en la gama de la mentalidad humana el principio de la serie progresiva de las causas influyentes; pero como la más admisible debe relacionarse con la condición de animalidad, parece prudente hacerla surgir de la necesidad que incluye la idea de precaverse contra el hambre, la inclemencia, el dolor físico, la agresión de sus congénesis y la ferocidad de sus co-terráneos zoológicos.

Capítulo II

ANOTACIONES TEOGONICAS

I

El origen de las teogonías se pierde en la oscuridad de los tiempos; sus primeros vestigios nos llegan a través de los siglos por las leyendas mitológicas, sin poder establecer definitivamente a cuál de ellas habría que otorgarle la prioridad de su creación. Las búsquedas e indagaciones de los eminentes filósofos no satisfacen sus anhelos y fatigados ante la incertidumbre de sus esperanzas siéntense desfallecidos y se inclinan confusos ante el misterio profundo que encierran las tradiciones; piensan en la necesidad de un principio, y crean por una de las más bellas concepciones del pensamiento humano, la teología natural, o la TEODICEA.

Si el adulto de inteligencia cansado de inquirir, e impresionado por la magnitud y grandeza de

las leyes que rigen la vida cósmica influyendo constantemente en la de nuestro planeta se siente vencido por la imposibilidad de coordinar los hechos genésicos del principio de las religiones y establecer sus eslabones, admite la intervención de una suprema acción directora, ¿qué diremos del mísero hombre de la caverna agobiado por dolores físicos, temiéndole a la muerte, buscando el consuelo fuera del limitado horizonte de su mentalidad? ¿Qué contraste más extraño, los sabios ideando un DIOS por la ciencia y el ignorante forjándolo por el dolor o por el temor!

La necesidad de un DIOS ha sido tan sentida en los albores de la vida humana como en esta época de los grandes progresos de la ciencia, pues allá la ignorancia supina reconoce su inferioridad en la impresión del choque impetuoso de los elementos, en la desesperación por el alivio de sus quebrantos y en la sucesión maravillosa de los días y de las noches, y aquí por las vacilaciones de la soberbia científica, al pretender cual Tántalo sediento abreviar la sed de su impotente ambición ante las inextricables manifestaciones del inconmensurable UNIVERSO.

Convengamos, pues, en que tanto el selvático de antaño que sin discernimiento y sólo atendiendo a circunstancias de orden físico, reconoció su inferioridad al querer sustraer de los rigurosos y tan-

gibles fenómenos de la naturaleza, por las desagradables sensaciones que ejercía sobre su frágil consistencia material, como el científico discurriendo a ciencia y conciencia sin encontrar la explicación del enigma maravilloso de la existencia de los firmamentos, encaminados van ambos, aunque por senderos distintos, a una misma finalidad intencional.

Es verdad que la idea de DIOS discrepa de época en época a medida que la inteligencia humana adquiere mayor desarrollo y por eso las teogonías paganas con su fetichismo y su politeísmo casi en su totalidad han cedido el campo a la TEOLOGIA, la que en su oportunidad quizás sufrirá el ineludible y sorprendente influjo de la evolución, cuando no en su esencia al menos en exteriorización dogmática y es que la noción de DIOS ha sido, es y será por toda la eternidad de las eternidades mientras el hombre sienta vibrar dentro de su ser la energía de sus grandes potencias: entendimiento, voluntad y memoria, hermosa trilogía que hace del ser humano la criatura perfecta de la creación y, acaso, al pensar en DIOS ¿no reflexionaría también en la esencialidad de su YO consciente y pensante, de ese yo que le ampliaba el horizonte de su mentalidad vislumbrando en los confines del ETERNO a su DIOS humanizado? ¿Y, cuando esa concepción del DIOS antropomorfo infundió en su mente la idea de la creación constituyéndose en autóctono del génesis

en compenetración con el SUPREMO HACEDOR, no se sintió influído por los efluvios de la divinidad? ¿y no sería esto tal vez el origen de las religiones reveladas?... pero no nos engolfemos en un mar de conjeturas y atengámonos a lo que nos dicta la razón: que el género humano hubo de tener una cuna y allí surgió conjuntamente con su pensamiento la idea de DIOS que se revela en todo el esplendor de la naturaleza y en la magnífica contemplación del mundo sideral...

II

El anhelo del filósofo ha sido en todas las épocas la investigación de la esencia de las causas y sus efectos con relación a sus propiedades y desde que el raciocinio fué en el entendimiento humano, las cuestiones que atañen a la filosofía creyente se debatieron, surgiendo en cada nuevo período de transición intelectual, métodos, escuelas, sistemas y doctrinas que sufrieron simultáneamente sus consiguientes refutaciones, críticas y acerbas burlas. En el mundo científico-religioso las dos escuelas que se dividen el imperio de la razón emanan de dos teorías diametralmente opuestas que se comparten el campo de la creencia, estas son: la DEISTA y la ATEISTA; la primera acepta y cree en DIOS, la

segunda le niega; pero tanto la una como la otra de estas abstracciones del creer y no creer, ni amen-gua ni engrandece la obra del UNIVERSO, ni dejan tampoco de mortificar al hombre ni de sustraerlo al torcedor que lo agobia por la ignorancia sobre el destino de los seres y de las cosas; entiéndase que hacemos referencia a los que no hechan mano de los argumentos teológicos, sino a aquellos que considerando la cuestión desde lo trascendental de las leyes y teorías que rigen la vida terrestre y sus relaciones con la armonía astral, han dejado de creer o han creído porque la idea de una energía primordial y sus efectos no dejan de subsistir, bien que se niegue o afirme, désele este u otro nombre, conceptúesele como quiera, siempre se llegará con nominaciones distintas a DIOS como causa de las causas.

De la escuela deísta surgió la teoría espiritua-lista y sus religiones y de la atea nació la materia-lista y sus análogas; pero de ambas se infiere que ya en ellas el hombre mediante su concepción inte-ligente abarca la idea de su yo y pretende conocer-se. ¿Cuál de ellas satisface más la aspiración huma-na? ¿cuál concuerda más con el desarrollo de la per-sonalidad? ¿cuál de las dos alternativas se aproxima a la certidumbre? ¿cuál presiente mejor la no-ción de una causa superior? Conviene situarse den-tro de los límites de una estricta condición cientí-

fica para el examen de ese interrogatorio, porque entendemos que fuera de esa restricción no cabe explicar los hechos y causas que integran no solamente la vida cosmogónica de nuestro mundo si que también la de esa otra vida, manifestación maravillosa de la fuerza creadora y sostenedora de la existencia hominal durante la brevísima permanencia de este viajero de los mundos!

Capítulo III

LO INMATERIAL DEL MATERIALISMO

I

Principiamos a discurrir sobre el materialismo atendiendo a la sombría característica de su doctrina, que es de todas, la que condena al hombre a la nada, torturándolo con la idea de que salido del polvo a él retornará, lo cual equivale a confinarlo eternamente en el estrecho recinto de la sepultura, que es en suma el laboratorio a donde va el cuerpo a ser combustible excelente de las reacciones químicas para perderse todo, personalidad e individualidad, en el grosero fenómeno de las transformaciones incesantes de la materia.

Entre las tantas caprichosas singularidades que encierra esta doctrina y que revelan su tendencia, nos permitimos analizar estos desconsoladores principios:

a— "La materia es la base de toda fuerza espiritual, de toda grandeza humana y terrestre;"



b— “El alma es una fuerza secretada por el cerebro y todas las facultades que nosotros comprendemos bajo el nombre de propiedades de ella no son sino las funciones de la substancia cerebral”.

La primera de esas fundamentales es demasiado arbitraria y de una generalización tan extensa que traspasa los límites de la prudencia científica, estableciendo como verdad infalible lo que es en síntesis una originalidad propia para impresionar descorazonando, pero imposible de corroboración. Es el caso que la teoría de la nebulosa y la gravitación universal presentan al SOL en el centro de nuestro sistema planetario, dispensando vida y movimiento a los mundos que lo conforman, los cuales son la resultante de la desintegración parcial del inmenso núcleo al constituir por medio de ese fenómeno una familia astral. No sería, pues, científico, considerar a la materia terrestre engendrada por su misma fuerza, siendo ésta derivada de la consecuencia inmediata de las influencias del SOL y quien sabe de cuáles otras que hasta el presente se ignoran? Luego, si la teoría fundamental de tal doctrina descansa en una fuerza que no se desarrolla en el mismo cuerpo al cual se trata de considerar como generador de su propia energía, ¿habría razón para sostener la certeza de una teoría cuyo fundamento es científicamente inaceptable, puesto que la causa eficiente de la vida terrestre no reside en la

energía de su materia y sí en misteriosas y potentes influencias contando entre ellas la que ejerce el astro rey sobre su corte planetaria? No, no la creemos sostenible, aun cuando se ensancharan los límites de la proposición diciendo: que los efluvios, u ondas, o lo que sea, emitidos por el foco luminoso del astro centro de nuestro sistema, es la base etcétera, porque podríamos por analogía refutarlo argumentando, que el motor solar no es en sí el origen primario del movimiento, de la fuerza, de la energía universal, que ese origen hay que buscarlo más allá, más allá!

El prurito del hombre a hurgar los orígenes de las cosas conduce a menudo al error, y es uno de tantos, el hecho de constituir a la materia terrestre como emisora de energía propia sin atender al origen de ella. Es una regla de sentido común tener en cuenta los antecedentes que se relacionan con aquello que se quiere explicar, so pena de caer en el laberinto de las confusiones científicas, y los materialistas han pretendido conceder al vocablo *materia* una extensión conceptuosa hasta confundirla con lo que la ciencia denomina fuerza creadora, imposible de definir hasta el presente por la de la mecánica celeste, es una ilusión humana, pues aún considerando la materia como substancia de algo, necesita algo más que esa substancia para ser algo y en eso es que estriba el misterio de las fuerzas.

La materia es susceptible de adaptaciones mór-
ficas, y su transformación, cuyo modus operandi
obedece al impulso y desarrollo de la energía obran-
do armónicamente en maravillosa ascendencia desde
la casi informe molécula inorgánica hasta la apa-
rente perfección orgánica del hombre, nos inclina a
presentir la preexistencia indefinida de una in-
fluencia regente, desarrollando formas y modali-
dades cada vez más complejas en cada una de las
edades terrestres hasta llegar al summum de lo crea-
do: el ser humano.

Sí, la transformación de la materia en su gra-
dual y ordenado desarrollo nos ofrece un cuadro
hermoso en categorías, las cuales, a medida que se
alejan de su génesis, más extraño e incomprensible
se nos muestra, llegando como último resultado a
producir el tipo de la raza humana fisiológicamen-
te organizada y apta para poder ejercitar sus poten-
cias, que la influencia regente no había podido desa-
rrollar plenamente en especies inferiores por sus
estados imperfectos.

Que la materia es la base de toda fuerza espiri-
tual etcétera! ¿no es esto una monstruosidad absurda
encubierta con los harapos de una sabiduría rayana
en el culto de la tierra?; porque si esa fuerza estu-
viese regida por la materia, conceptuaríamos a la
tierra como dueña de una razón, ya que la espiritua-
lidad de la fuerza es la inteligencia, prodigándola a

cada uno de sus reinos según la categoría de cada especie, y como consecuencia tendríamos al sol con su energía como otra individualidad astral dotada de inteligencia y en conjunto a nuestro sistema planetario como una colectividad pensante regida por la voluntad del Sol, puesto que su energía es la que se considera como directriz del mecanismo que sostiene dentro de la gravitación los diferentes movimientos de sus familiares. Podríamos, pues, deducir, como consecuencia de lo expuesto: que el Sol y los planetas tienen conocimiento de que existen y por qué existen.

Suponer a la materia como base de toda fuerza espiritual, es teoría algo arriesgada y de un sentido tan lato que no se alcanza a comprender en donde tiene su fundamento, porque implícitamente la expresión *toda fuerza espiritual* conlleva la idea de varias fuerzas de esa naturaleza o categoría, lo que es una gran novedad o un pre-concebido pensamiento de pluralidad de fuerzas espirituales fungiendo de energías, desde la que emerge el Sol por ondulaciones, hasta la que hace del hombre el ser inteligente, comprensible por sus manifestaciones intelectuales; pero la teoría materialista después de todo no revela la esencialidad de su doctrina, no se aviene con el egoísmo de su creencia, porque espiritualizar todas las fuerzas o cuando menos algunas, es considerar

la pluralidad de almas en el ser humano, y aun fuera de él.

II

La segunda fundamental B: "El alma es una fuerza secretada por el cerebro etcétera" conlleva como la anterior el fundamento de la doctrina materialista: "que la materia domina a la fuerza" y en dondequiera que una actividad cualquiera se manifieste quieren que proceda de la materia. En el caso particular a que nos contraemos, piensan y sostienen que el cerebro humano (el humano entiéndase bien), es el creador del alma, porque la energía secretada por ese conjunto de lóbulos la integran; pero si recordamos cómo es la anatomía del cerebro y cómo funciona, y analizamos todas y cada una de las varias facetas que presenta el maravilloso fenómeno de la evolución embriológica, tendremos, que si el cerebro es el emisor de la potencia anímica, no es este órgano quien se manifiesta primeramente en la germinación, porque la actividad mecánica que se observa como casi primer factor de la vida vegetativa es la del sistema circulatorio, siguiendo a este en gradación otros, siendo el del nervioso uno de los más tardíos, el cual está íntimamente ligado con el cerebro, y no siendo el desarrollo de éste completo hasta algún tiempo después

del nacimiento, ello nos permite deducir lógicamente que no siendo el cerebro el secretador primario de energía y según los materialistas es él el órgano que genera el alma, esta no vivificaría al recién nacido hasta que aquel órgano no estuviese completamente en condiciones de funcionar de lo que se infiere que el principio vital es uno y el anímico otro, lo cual nos induce a pensar en la evidencia de que una preparación previa de la estructura anatómica del cerebro por la fuerza organizadora, es una condición requerida para que la actividad de la energía anímica excite ese engranaje y llegue por gradación armónica a realizar sus modos de acción, que son variadísimos y un tanto maravillosamente portentosos. Cómo se verifica ese fenómeno de relación entre el aparato y la energía es punto que ha sido bien controvertido, porque las hipótesis que han surgido han tenido sus adeptos y sus contrarios; pero lo probable es que la fuerza espiritual no sea inherente al germen como lo es la vital, ya que la primera entra en acción mucho después que la otra se ha manifestado desde los albores del génesis orgánico del ser.

La teoría materialista carecía de certidumbre en su origen y como doctrina ha sufrido una lesión enorme, porque la evolución, que es condición *sine quanon* del progreso, la ha postergado en razón de su esterilidad científica, y ya alborea su total ani-

quilamiento, y será en breve relegada al olvido de las cosas que fueron, porque la ciencia proclama ya la existencia de los flúidos, la desasociación indefinida del átomo indestructible, y conceptúa a la materia como energía concentrada. Después de este desiderátum, que vuelca el carro de la Diosa materia entre los escombros de su desnudo y carcomido andamiaje, no sé puede pretender sinceramente sostener tal doctrina por más tiempo, circunstancia que se observa en el hecho de que hoy los materialistas llegan en su impotencia hasta sustentar. "que el materialismo moderno, que se confunde hoy con el idealismo más delicado, no tiene nada de despreciable".

Capítulo IV

OJEADA SOBRE EL PANTEISMO

I

Algunos filósofos discrepando sobre la presunta indestructibilidad del átomo, meditando y reflexionando sobre la fuerza ciega, comprendiendo que ésta no podía ser la causa del maravilloso mecanismo universal, y concibieron una esencia en el todo cuya propiedad disgregante se individualiza en el ser, pero que al abandonar el cuerpo vuelve a aquél, es decir, una fuerza inteligente desintegrándose e integrándose después de funcionar como individualidad pensante, o mejor decir, una dimanación ingente iluminando al ser físico, moral e inteligente, una representación transitoria espiritual del todo en este planeta. No, el hecho de refundirse en el todo, despoja de su personalidad el alma y deja entonces de ser inmortal, porque la eternidad y la *substancia alma* incorporándose a la substancia eterna sería imperecedera, pero no inmortal; no, esa falsa concepción del universo y de la vida trasciende a antropomorfismo, porque esa fuerza inteligente que se des-

prende del todo para vitalizar espiritualmente el cuerpo físico del ser, adquiere el progreso de su personalidad para después integrarse nuevamente, y habría que pensar en un todo nutriéndose de la sabiduría de sus desintegraciones; no, ¿cómo es posible considerar al todo disgregándose inteligentemente y haciéndonos partícipes de las prerrogativas del alma para luego absorberse cual Saturno devorando a sus propios hijos? no, semejante doctrina evidencia el egoísmo como condición inherente al todo y nos lo presenta humanizado.

Es incuestionable que una teoría de semejante naturaleza científica no puede satisfacer la aspiración racional del hombre, quien deseoso por explicarse el misterio que encierra el orden admirable de la creación universal, investiga no solamente las causas de lo alto, si que también las de aquí, para saber de dónde viene y hacia dónde va, y ¿calmaría los anhelos de las categorías intelectuales una hipótesis de desasociación y asociación que se virtualiza en un generador de emisiones inteligentes, al mismo que un receptor de las mismas después de permanecer en una estructura fisiológica fingiendo de sabias o ignorantes, de morales e inmorales, de inocentes o perversas y de creyentes o perversas? Oh; no, hay que reconocer que ese sendero no es el de la certidumbre que nos ha de conducir hasta los confines misteriosos del horizonte anímico!

Capítulo V

CONSIDERACIONES ESPIRITUALISTAS

I

No atañe a nuestro propósito reseñar la evolución de las diversas religiones desde los tiempos del oscurantismo hasta el presente; pero no sería una utopía, ni se nos tacharía de presuntuosos, si estableciéramos esta verdad axiomática: toda religión está en razón directa con el momento histórico de la raza de donde surge; que todas las religiones han recibido la influencia de la civilización durante el transcurso del tiempo y que todas ellas concluirán en el porvenir por integrarse y establecer el dogma definitivo de la solidaridad creyente en Dios, porque para ese entonces la humanidad poseerá un conocimiento inteligentemente más intenso de las leyes que regulan las relaciones de los mundos entre sí y el de las esferas espirituales.

Parece ser que la doctrina espiritualista es más comprensible o más culminante que las otras, y no en vano la apoyan y defienden la universalidad de las razas que pueblan este mundo, porque espiritualistas son los católicos romanos, los orientalistas, los luteranos, los calvinistas, los mahometanos y si se quiere pueden ser incluidos los bramanes, los budistas y los sintoistas, pues todas esas religiones y sectas proclaman y sostienen la inmortalidad del alma.

Si es cierto que no todas ellas fundan su dogma en el monoteísmo, también lo es que van, aunque por distintos modos, hacia un mismo fin, hacia la *Causa Suprema*, porque comprenden que la existencia universal en general y la terrestre en particular, convienen y se regulan mediante leyes que no es dable al talento humano concebir, pero que sus influjos se revelan tanto en las vidas planetarias como en la sucesión no interrumpida de las que se han sucedido en este globo terráqueo, desde su infancia hasta la hora presente en la que el hombre se desespera imposibilitado por su impotencia, y siéntese pigmeo al pensar en los arcanos misteriosos que encierran los firmamentos, y concluye proclamando que la Voluntad Directiva de los mundos es y será por siempre eternamente!

La arrogancia y la ambición del hombre por su superioridad en la escala de los vivientes que se

comparten el espacio terrestre no tiene límites; estudia, indaga, investiga, descubre y siempre en afanosa lucha con su curiosidad, que le empuja a nuevos esfuerzos y a nuevas decepciones, no se reconoce jamás vencido, porque siempre algún nuevo indicio le invita a reanudar la tarea, y presintiéndose a sí mismo, necesita saber de dónde viene y a donde va; y estudia el cuerpo humano desde la célula hasta el lóbulo más voluminoso en sus estrechas relaciones anatómicas entre sí, y llénase de incertidumbre ante la fuerza ciega funcionando con tan pasmosa precisión, y observa desde las primeras manifestaciones de los sistemas nervioso y muscular que se infieren de la presión táctil, hasta el desarrollo de los movimientos complejos cuando entran en franca acción los demás sentidos con esa gradación lenta, pero hábil y mecánicamente regulada, y siéntese perplejo ante esa espontaneidad de la fuerza ciega, interrogándose cómo es posible que tal causa produzca efectos tan sublimes? Pero no obstante que la ciencia perturbada por la duda permanezca aún indecisa en su dictamen final, la fuerza está latente, presente, dirigiendo sus energías, ya hacia el interior del cuerpo para suspender aunque brevemente las contracciones espasmódicas del diafragma, ora periféricamente provocando expresiones risibles, o bien exteriormente dirigiendo las variadas posiciones de las extremidades, y, ¿no son estos diferentes

movimientos voluntarios ordenados por esa fuerza, muy distintos de los automáticos y mixtos independientes de la acción de ella? Pero la expresión más amplia, más poderosa y portentosa de esa fuerza alma la constituye su poder generador de ideas, desde la simple intuición hasta la sublime concepción del pensamiento en la creencia de un más allá, porque ella comprende que su tránsito por este mundo animando organismos deleznable no puede ser única misión en razón de que la potencialidad de su energía le hace presumir otras labores más en consonancia con su espiritualidad.

Es evidente que la creencia en esa fuerza misteriosa se arraiga más y más no ya en la fe, que ello sería perdurar en las arcaicas tradiciones de leyendas y revelaciones, pero sí en el concepto científico de la individualidad pensante, la cual ha invadido lentamente el campo de la metafísica adaptándola a la sicofísica, mediante un constante y laborioso esfuerzo de la inteligencia en sus profundos estudios y concienzudos análisis de la mentalidad.

II

Este planeta como otro cualquiera tuvo su origen, su principio, su génesis, y el hombre ha luchado por adquirir la noción de esos primeros fenómenos,

llegando a establecer hipótesis, que por ser tales, no satisfacen en absoluto a la creencia y a la humanidad; pero aun cuando el hombre no haya logrado definitivamente esa aspiración, lo indudable y cierto es, que los mundos existen, y que su permanencia en el concierto armónico universal como constituyentes del firmamento, tiene que obedecer a leyes inmutables que están fuera de las contingencias del tiempo. Si la astronomía en este mundo Tierra ha alcanzado cierto grado de certeza respecto a las situaciones de cada uno de los miembros de la familia solar, hay que suponerles, habida cuenta de sus distancias del centro motor, sendas naturalezas distintas, porque es asunto de física práctica conceder mayor o menor grado de energía calorífica a los cuerpos en proporción a su proximidad o lejanía del Sol, luego es prudente pensar que la naturaleza terrestre no será idéntica a la de los otros mundos, no obstante que los principios generales o leyes puedan ser las mismas que rigen a unos y a otros.

En virtud de la ley del equilibrio los planetas se sostienen ordenadamente en el espacio, cuando menos, dos fuerzas contrarias en sentido o en esencia accionan para que tal hecho se verifique; por tanto, el momento de la vida estelar es la resultante de dos ordenaciones; averiguar de dónde emanan y por qué, es tarea de visionario; pero en cambio no lo es de deducir por analogía las consecuencias.

Apartemos nuestro pensamiento del mundo sideral, fijémoslo en la madre tierra y en ella en el microcosmo que la habita en quien concurren también dos fuerzas que se dividen su conjunto dual; la una que se contrae al dominio de la individualidad o especie, la otra el de la personalidad, y el equilibrio resultante de esa cinergia es la organización psicofisiológica; pero también en esas dos fases del ser humano aparecen nuevas energías que producen otros tantos equilibrios, y si así no fuera, el crecimiento y desarrollo del cuerpo sería nulo como lo sería también el progreso del espíritu. En el primer caso concurren ciertas propiedades generatrices de la materia en lucha con otras que le son antagónicas, y así, por ejemplo, en el agotamiento fisiológico, el elemento o fuerza de desintegración prevalece sobre el de integración, destruyendo el conjunto hombre que era la síntesis del equilibrio organo-cinético; en el segundo caso no hay razón para dejar de considerar también al espíritu constituido por elementos fluídicos de diferenciaciones diversas porque al no ser así le negaríamos la *unidad sintética* que solemos confundir con la *simplicidad*, pero que es bien distinta porque aquella comprende un conjunto de esencialidades que integran el **ser espiritual**, revelándose en sus potencias de pensar, querer, recordar, mientras que ésta la confundiríamos con la causa de las causas, cuyo origen

perdurará siempre ignorado por el hombre; así, pues, el momento definitivo del final cíclico del espíritu también habrá de verificarse por un fenómeno de desequilibrio que lo desvirtualice como resultado final de su inmortalidad finita.

El espiritualismo bien entendido, debe sustentar la creencia de que la inmortalidad del alma es finita dentro del infinito absoluto, esto es, que siendo creada o teniendo un origen, tiene por lo mismo un límite que está circunscrito a una época más o menos dilatada con relación a la inmensidad del tiempo porque la inmortalidad no es la eternidad, es una persistente condición del yo espiritual libre del aniquilamiento y desintegración inmediata a que está irremisiblemente condenado el cuerpo físico, y que con anterioridad a su inclusión en el eterno Infinito, pasa través de los tiempos por sucesivas alternativas hasta adquirir lo que sea necesario para la última y definitiva evolución que la integra al seno de la ETERNIDAD. Las pruebas de la inmortalidad del alma pueden deducirse de su misma naturaleza, de sus potencialidades, de la idea del bien y la justicia en el orden moral, de las creencias en general; pero la evidencia absoluta de su comprobación se encuentra en los anales de esa nueva faz del espiritualismo que tratamos en el capítulo siguiente.

00

00
M
00

Capítulo VI

DISQUISICIONES SOBRE EL ESPIRITUALISMO

I

Al escribir los esbozos que preceden a este título a modo de engranaje, tuvimos en mira proporcionar al lector la oportunidad de revivir en su imaginación el recuerdo de la síntesis de lo que quizás o sin quizás habrá en obras que atañen a los puntos que tan someramente hemos tratado, y que han sido indispensables para la más clara comprensión del tema que ha sido el móvil especial de nuestro trabajo.

Henos, pues, aquí en un ambiente bien distinto del que se respira en el campo de otros estudios, porque el espiritualismo aún no está clasificado en la categoría de ciencia en el sentido estricto de la palabra, ni tampoco una religión, ni menos una secta. No es lo primero, porque para serlo requeriría ciertos principios propios que aún no están bien de-

terminados, pues su íntima conexión con la fisiología y sus estrechas relaciones con la psicología le imposibilitan para funcionar independientemente y establecer una característica que lo distinga de ellas; quizás después, cuando determinados fenómenos alcancen la comprobación fuera del radio de las dos ciencias aludidas, podrá categorizarse; no es tampoco la segunda porque él no funda un dogma, ni menos secta porque tampoco se ha emancipado de ninguna creencia para modificarla.

Para el espiritismo todas las ciencias son sus auxiliares, todas las religiones espiritualistas sus aliados; pensar lo contrario sería no alcanzar el verdadero concepto de la teoría sobre las relaciones, hasta ayer ignoradas, existentes entre la ciencia y la religión, las cuales se han mortificado mutuamente, la una queriendo prevalecer con la razón, la otra con la fe, sin sospechar que de su alianza tarde o temprano habrá de surgir la verdadera ciencia del conocimiento del espíritu.

Pero ya el egoísmo con sus caprichos va cediendo el paso a la confraternidad entre la ciencia y la religión, a pesar de los reacios que no ven porque su obsesión les ciega y no oyen porque su terquedad les ensordece, enajenándose el goce de las fruiciones gratas que provoca una conciliación tan largo tiempo sentida que echará los inconmovibles cimientos de la verdadera sabiduría espiritual. ¡Qué hermo-

so consorcio el de la ciencia y la religión; y qué consolador enlace el de la escrutadora de la razón y la sustentadora de la fe; la una propiciando en el altar de la experiencia y la otra ofrendando sobre el ara impoluta de su creencia; aquella sancionando, proclamando lo que ésta, convencida y orgullosa venía ignotamente sustentando: la inmortalidad del alma!

Lo tardío de esa alianza hay que atribuirlo a que el hombre no ha inventado la ciencia, porque ningún conocimiento humano ha emergido del cerebro sin los precedentes que le sirvan de fundamento y desde que el hombre primitivo concibió intuitivamente la utilidad de sus miembros para buscar el sustento o pensó en el refugio para resguardarse de los rigores del tiempo, tuvo que sentir el acicate de la necesidad, consecuencia de las sensaciones de su organismo; a partir, pues, de estas elementales, sucediéronse otras y otras relacionadas entre sí, pero engendradas por la multiplicidad de necesidades con sus variadas conceptuosas, porque *la naturaleza no da saltos* y todas las cosas en el mundo tienen su momento y éste no debe atribuirse a casualidad o fatalismo sino a la relación consecucional de determinados antecedentes; el momento, pues, de la alianza entre la ciencia y la religión ha llegado, los sabios enderezan sus esfuerzos y concitan sus investigaciones a la nueva teoría sustentada por el espiritismo.

II

El espiritismo funda su doctrina en la creencia de las religiones sobre la inmortalidad del alma; pero reconociéndole en el espacio las mismas esencialidades que poseía cuando animaba el cuerpo físico del ser y sostiene la evidencia de sus relaciones con el mundo corpóreo,, es decir, que los invisibles del espacio que son las almas de los muertos se comunican con los seres pensantes y conscientes de la tierra.

Que el materialismo presuma que semejante teoría es una caprichosa divagación de las imaginaciones obsecadas, admitido; pero que un considerable número de espiritualistas lleven su obstinada recalcitrancia hasta la negación de ella, es inadmisibile, pues, mientras hacen alarde de su materia como base de toda fuerza espiritual, concíbese que al transformarse la materia desaparece aquel modo de la energía, en tanto que los segundos con su inmortalidad del alma aceptan tácitamente la energía espiritual en constante actividad, porque de no ser así la inercia sería la condición del alma en el espacio lo cual sería considerarla como antítesis del movimiento y entonces la inmortalidad sería una ilusión.

Lo principal incluye lo accesorio, y como lo inmortal es relativamente imperecedero, no es lógico privar al alma de la condición esencial que la ca-

racteriza, es así que siendo inmortal, es activa, luego, no puede permanecer en reposo; ella, por una irresistible y misteriosa potencialidad, debe estar en perpetuo movimiento, y siendo éste un constante cambio de posiciones, y como ella no es una fuerza ciega, indudablemente debe saber a dónde se dirige y por qué se dirige.

Si la inmortalidad es condición constitutiva del alma y le imprime un carácter imperedecero o al menos de indefinida existencia espiritual, después de abandonar el cuerpo ¿cómo aceptamos esa nueva faz de su existencia sin admitir el ejercicio constante de sus potencias? Y si las potencias son actividades de su esencialidad, ¿cómo convenimos en una inmovilidad permanente sin presentir su aniquilamiento? No, ni se despoja al alma de los atributos de sus potencias, las que durante su hospitalidad en la estructura corporal caracterizaban la personalidad, el yo del ser, habría motivo o para negar la existencia del alma y se caería en el materialismo, o aceptarla esclavizada como parte de un todo y rodaríamos al panteísmo.

El alma, cuando es huésped de la envoltura material terrestre, conoce, quiere y recuerda, luego, si el espiritualismo sostiene como dogmatismo la inmortalidad, lo cual implica indisolubilidad o indestructibilidad ¿podrían subsistir estas condiciones sin aquellas facultades primordiales que concurren

a la constitución del alma como entidad espiritual? Ello sería un despojo impío inconsciente, arbitrario; una autonomía que reduciría al alma al aniquilamiento, a la nada.

El conocer, querer y recordar son facultades del alma tan activas dentro como fuera del ser fisiológico, y cuando esto no sea así, habría que pensar en una inmortalidad caprichosa que nos convertiría en irresponsables precisamente en el ambiente más propicio al desenvolvimiento general de nuestras actividades psicológicas.

Ahora bien: en el espacio el alma con sus esencialidades, es decir, con sus potencias entendimiento, voluntad y memoria, adquiere una libertad cuya amplitud está limitada por la intensidad o alcance de sus vibraciones, subordinada a leyes que regulan la vida espiritual, pues, no de otro modo se explica la constitución de la existencia en el mundo de lo invisible, así como no se explica en la tierra la organización social sin derechos y deberes consignados en leyes positivas, ni el desarrollo fisiológico sin las leyes biológicas; es, pues, inadmisibile que aquí en la tierra, o en el espacio o más allá, o en dondequiera que existan muchedumbres de seres pensantes y conscientes, se carezca de una pauta, regla o ley que armonice sus relaciones ya que el instinto de sociabilidad es innato en el ser inteligente, y no desapareciendo tal condición más allá de los lí-

mites de la vida natural, sino al contrario, que adquiere mayor plenitud no estando cohibida por las imperfecciones del aparato cerebral, debe forzosamente sentirse más apta, más expedita a relacionarse, establecer vínculos y adaptarse a las regulaciones misteriosas que afectan al ser espiritual en las regiones etéreas.

Aceptado el principio de asociación que es perdurable en el alma libertada de su asfixiante envoltura material, cabe la presunción de relaciones recíprocas y las de carácter inter-celestes. La razón reconoce que no se explicaría la coexistencia de las almas en el mundo de los espíritus, sin una aspiración, sin una labor, pues no es ni científico ni religioso condenarla a priori, a una perpetua pasividad o a una eterna quietud contemplativa; la ciencia no concibe la vida sin movimiento y a éste sin una finalidad, y la religión predica que la perfectibilidad de las almas está en relación con el progreso moral que no se adquiere ni en este ni en otro mundo, sino mediante la práctica constante de las virtudes que son otros tantas facultades que estarían inactivas.

En el espiritualismo como profesión de fé predomina la comunión de las almas con el Supremo Hacedor, y este acto implica un esfuerzo de tensión anímica que alcanza el máximun de la energía desarrollada por el espíritu, y como se infiere de la alta idea de la concepción del Ser Supremo, que su

omnipotencia divina radica en el infinito de los infinitos, y el alma con sus inconmensurables radiaciones alcanza el límite de los límites, ¿no sería ella susceptible de emergerlas en todos sentidos y hacia lejanías menos extensas y finitas? Tal deducción es lógica y nos lleva a estas conclusiones: que el alma no permanece inactiva, que tiene conocimiento de sus vibraciones y que las envía en determinadas direcciones a donde su voluntad desea.

Lo anteriormente expuesto permite sostener la certeza de las relaciones entre los invisibles y terrenales aun cuando los comunicantes u operadores se encuentren en medios o parajes de diferente naturaleza, y por eso la explicación de la comunicación de las almas con el mundo de los vivos requiere previamente algunas explicaciones a guisa de introducción expositiva al fundamento de la teoría, para luego continuar con calma historiando las sucesivas fases del desenvolvimiento científico del espiritismo aunque de modo brevísimo.

III

Durante la vida gestativa es innegable que determinados órganos se encuentran en condiciones de actividad concurriendo al concierto armónico que conforma la vida animal, interin que el aparato

cerebral se desarrolla gradualmente en conveniente perfección estructural para recibir el influjo de otra energía; se infiere de lo expuesto que la actuación mental no se desarrolla simultáneamente con la función vegetativa, lo que debe hacer reflexionar en la cooperación de dos categorías impulsivas obrando en el cuerpo anatómico del ser humano, a menos que nos inclinemos a aceptar estas hipótesis: 1o., que al aparecer los fenómenos de la mentalidad con posterioridad a los de la función vegetativa esta puede ser generadora de aquella, y entonces se verifica una evolución fenoménica verdaderamente inconcebible, la materia desarrollándose hasta alcanzar la racionalidad en la especie hombre, que es la única que evidencia ostensiblemente todas las facultades mentales; 2o., o que las dos fuerzas fuesen idénticas con denominaciones distintas confundiendo arbitrariamente dos manifestaciones diversas o dos tendencias contrarias; 3o., o considerar al espíritu autógeno y auto-arquitecto vitalizando simultáneamente sus organismos en cuanto a su desarrollo vegetativo, sensibilizándolos en sus relaciones sinérgicas y finalmente mentalizando la función cerebral. En la primera se vislumbra un materialismo disfrazado, en la segunda resalta una herejía científica y en la tercera se revela uno de los supuestos modos de encarnación que sostienen algunos espiritistas, o sea la ascensión del yo a través de la materia. Pero bien

que el *modus operandi* de la energía inteligente esté en concordancia con la tercera hipótesis o que se efectúe en el momento del nacimiento al recibir el vástago su bautismo de luz y aire a consecuencia de la ruptura fisiológica entre él y la madre, lo cierto es que existen dos fuerzas con caracteres de naturalezas distintas y actuaciones completamente diferentes, aunque convergiendo hacia una misma finalidad: el desarrollo y progreso del ser humano dentro de sus dos maravillosas prerrogativas de animalidad y espiritualidad.

Si nos detenemos a reflexionar sobre la evolución de dichas actividades, reconoceremos que el acrecentamiento del ser físico en lo que concierne a su expansión corporal limita su evolución a la edad precisamente en que las facultades del entendimiento empiezan a revelarse con alguna amplitud, coincidencia o fenómenos que se atribuyen a los múltiples factores que entran en acción durante el proceso evolutivo de ambas expresiones enérgicas, pero que en realidad ello no es otra cosa que la resultante de la lentitud conformativa y distributiva de las partes constituyentes del cerebro que no entran en capacidad de recibir el estímulo de la potencia inteligente sino a su debido tiempo, cumpliéndose de este modo otro de los tantos e incomprensibles fenómenos: el de la simultaneidad que afecta el crecimiento de las especies en el que cada

organismo y sus partes tienen su momento oportuno de entrar en acción, sin estorbar a los que ya antes habrían sufrido el influjo del fenómeno, o al contrario más bien, en muchos casos, complementándolos.

Convengamos en que existe una marcada diferencia entre las tendencias de esa dualidad de la vida, la una haciéndose acreedora a la perseverancia investigadora de la biología por la multiplicidad de sus funciones y alteraciones consiguientes a su campo natural, y la otra alcanzando en el concepto de la filosofía la más curiosa atención, no ya por las innúmeras modalidades que informan su triple potencialidad si que también por virtud de su energía alcanzando lejanías inmensas, pero con la maravillosa circunstancia de hacerse comprender, oír y ver.

El hombre con su poderosa inteligencia y su constante voluntad ha logrado conocer a través de los siglos y a fuerza de incesante batallar con sus errores, muchas de las interesantes particularidades de la naturaleza compilándolas y clasificándolas hasta reunir las en los tres grandes reinos que se comparten hoy el dominio terrestre en sus rarísimos aspectos de mineral, vegetal y animal, con sus caprichosas formas de evolución merced al influjo de los rayos caloríficos y luminosos del astro rey y

tal vez de otros misteriosos agentes ignorados por el hombre.

La ciencia ha luchado y continúa su admirable labor inquiriendo constantemente la razón de las causas, mas, vano empeño que se estrella a cada paso contra la misteriosa esencia de los principios. Ella, la ciencia, no obstante robar el rayo al cielo desconoce la electricidad; a pesar de haber llegado a los confines de la micrografía ignora los fenómenos íntimos del protoplasma de la amiba; indagando la vida de los mundos estelares inventa la nebulosa, pero sin darse cuenta exacta de su constitución; permaneciendo en el campo de la psicología, empieza, después de siglos de vida planetaria, a descubrir fenómenos que van interesando y encauzando su opinión a la certeza de la existencia de nuevas verdades, porque el descubrimiento de la vibración de la sustancia original de la que todo procede, que afecta tanto a nuestro planeta como las cosas y seres que en él radican, y que se ha convenido en llamarle magnetismo, ha dado a los sabios la clave de muchas fuerzas que bien estudiadas y mejor comprendidas son las precursoras de la nueva ciencia que nos hace reflexionar y meditar sobre la acción de la energía inteligente abarcando un límite amplísimo y causando perplejidad asombrosa al mundo entero.

IV

Las sabias corporaciones oficiales han sido en ocasiones tardías en reconocer cualquier nuevo descubrimiento que tienda a modificar profundamente alguna teoría ya admitida y comprobada como esencial para los fundamentos de una u otra ciencia, y aunque ese proceder pueda en muchas cosas conceptuarse de egoista, habría que atribuirlo más bien a la responsabilidad en que incurrían aceptando irreflexiblemente y sin previo estudio y comprobación aquello que en asuntos de innovación científica fuese sometido a la consideración y veredicto de ellas, y una parecida actitud fué precisamente la que hizo retardar en perjuicio de la humanidad, el reconocimiento del magnetismo; pero ya hoy esta ciencia ha ocupado el puesto de honor que le corresponde y muchos de sus fenómenos han sido estudiados y clasificados.

Parece ser que las primeras prácticas del magnetismo datan de la época en que la religión india llegó al apogeo de su prestigio y veneración, y cuando los iniciados y sacerdotes brahmanes fortificaron en la conciencia de sus sectarios el santo amor por todo aquello que transcendía a misterio, aparentando traspasar el límite de lo natural, infundiéronle la creencia de que lo sobre-natural procedía de lo divino, y que ellos, oficiantes en el templo de

la sabiduría, estaban iluminados por los resplandores inteligentes de la omnipotencia suprema.

Con el transcurso de los tiempos esas prácticas fueron conocidas de los egipcios merced a las tradiciones y leyendas, y hasta se afirma que ellas aparecieron catalogadas en códigos y divididas en dos categorías con los nombres de Magia-teúrgica que circunscribía sus procedimientos al ceremonial religioso, y la Magia-blanca que encamina los suyos al aprovechamiento de ciertos fenómenos físico-químicos para el alivio de la humanidad; pero como todo lo que cae bajo el dominio del fanatismo pierde siempre algo de su característica, sucedió que aquella clase privilegiada de sacerdotes llamados *fakires* y *purohitas*, andando el tiempo y envidiados por su saber predominante y su exclusivismo egoísta, fueron perdiendo su autoridad moral, su prestigio religioso, surgiendo entonces los Magos que se dedicaron a la imitación sacrílega de aquellas prácticas, preparando talismanes, dirigiendo exorcismos, conjuros, embaucando a la gente ignorante para fines de utilidad personal, hasta que el máximum del abuso colmó la paciencia de los encargados de velar por la salud pública y aquellos fueron perseguidos y castigados por sus violaciones en todo sentido.

La Edad Media transcurrió y llegó el año 1745 cuando Swedemborg publicó su libro sobre medicina espiritualista, y más tarde en 1778 el Doctor

Mesmer dirige a las corporaciones científicas de París un memorándum exponiendo un método curativo novísimo que atendía a la ciencia y que no era otra cosa que el uso de la influencia magnética animal aplicado a la medicina para muchísimos quebrantos y muy particularmente para aquellos que tenían su origen en el sistema nervioso; desde entonces comenzaron los sabios a dispensar sus honores al magnetismo, pero no fué hasta el año 1862 cuando la Academia de Medicina de París, dispensó el honor a una memoria presentada por el doctor Charpignon intitulada "DE PARTE DE LA MEDICINA MORAL EN EL TRATAMIENTO DE LAS ENFERMEDADES NERVIOSAS" y luego en 1866 merced a la constancia del doctor Lubeault la Academia reconoció científicos sus trabajos sobre el Hipnotismo, es decir, que desde los primeros ensayos de Mesmer y sus sucesores con los modos de operar magnéticamente por medio de cubetas, árboles, imanes, contactos, imposiciones de manos y pases hasta la sugestión y la fascinación que entran en el dominio del hipnotismo provoca el estado sonambúlico, han transcurrido ochenta y ocho años! lapso que ha necesitado la ciencia para fundar sobre la certeza de sus experimentos la psicofísica moderna, cuyo objetivo primordial tiende a indagar las relaciones entre las energías anímicas y fisioló-

gicas, pretendiendo resolver los fenómenos de carácter al parecer sobrenatural!

V

Es una rareza encontrar un pueblo en nuestro globo sin alguna leyenda fantástica o legendaria,, historia en la que ciertos protagonistas de los llamados duendes, fantasmas u otro, designado con el nombre de aparecido, no hubiese perturbado la imaginación de sus moradores con la idea de la aparición de los muertos, haciéndose más intensa la perturbación si las mímicas y movimientos de los huéspedes misteriosos se acompañaban de voces, sonidos y ruidos; pues bien, esas demostraciones de carácter sobrenatural, que han perdurado en la memoria del vulgo como hechos consumados, los cuales se han querido destruir atribuyéndolos a fanatismo supersticioso o a extravíos de la imaginación, fueron, son y serán tan reales y positivos, como lo es el tránsito de la vida a la muerte, y sería algo enojoso narrar los casos sorprendentes de naturaleza misteriosa que han dado pábulo a las preocupaciones religiosas y a la credulidad seglar haciéndolas proceder de origen divino y sobrenatural, para establecer, aprovechando el misticismo y la superstición, el predominio de la conciencia; pero ya todo eso tiene una ex-

plicación natural porque la razón, negando el misterio rasgó el tupido velo de la ignorancia, abriendo un hermoso horizonte pleno de luz a la conciencia humana.

Todos esos casos misteriosos, no son para el espiritismo sino revelaciones de la vida de ultratumba, pues su doctrina basada en la inmortalidad del alma conservando los atributos que le son propios, los protege, defiende y explica sin recurrir a concepciones metafísicas; porque sus pruebas experimentales que no pueden ser sospechadas de fraudulentas o mixtificadas, son hechos comprobados que han denunciado al mundo que la verdad de los fenómenos llamados espiritistas, tienen su fundamento lógico y racional, en razón de sus características de indestructible personalidad que no han podido ser desmentidas por las teorías con las cuales, alguno que otro sabio moderno, ha querido desvirtuar el prestigio de su certeza científica: a él no le alcanza el automatismo psíquico de Janet, ni le preocupa el subliminal de Flournoy, ni le atemoriza el subconsciente de Taine, ni le espantan las alteraciones de la personalidad de Bonet, ni le impresionan las enfermedades de la personalidad de Ribot, ni menos aún el sonambulismo inconsciente de Hartman. Lo que sí le entristece y aflige es esa perseverante presunción del egoísmo humano pretendiendo que prevalezcan sobre la energía espiritual, las qui-

meras de su razón supeditada por la influencia morbosa de la materia; lo que sí le apena y conduele es la terquedad humana abroquelada en sus recintos fisiológicos que le impiden vislumbrar los destellos de lo invisible y la perturban en sus concepciones halagadoras de un más allá. Después de todo: ¿qué lesión ha sufrido el espiritismo con las nuevas teorías, que no son en síntesis sino conjeturas rayanas en fascinadoras hipótesis que no han alcanzado ninguna estabilidad permanente en el cuerpo doctrinario de la psicología? Porque en el automatismo de Janet lo que se obtiene es el resultado de la educación de la histérica; en el subliminal de Flournoy éste confunde y desespera al no explicarse el fenómeno entre otros el de la escritura india de su sonámbula Elena; en el subconsciente de Taine es asunto de preocuparle la persistencia de su inconsciente en identificarse con el espíritu de un muerto; en la hipótesis patogénica de Boneti Ribot no se debe presumir que una mentalidad alterada o enferma, cual que sea su forma resuelva el maravilloso problema de psiquismo; en el sonambulismo inconsciente de Hartman con su teoría de la fuerza néurica, la perplejidad que le producen ciertos determinismos fenoménicos le abrumba hasta resolverse en aceptar lo absoluto. Ahora bien, en el variadísimo cuadro de impresionantes demostraciones que integran el fenomenismo de la doctrina que sustentamos, hoy mu-

chos que no tienen con las de las teorías de estos psicólogos y fisiólogos ni siquiera analogías, como son aquéllas que se contraen a las manifestaciones morfológicas con sus caracteres de innegable inteligencia y que su objetividad y exteriorización les conceden todo el valor de una realidad absoluta y esos casos tan antiquísimos como el mismo origen de la existencia, confundiendo en las lóbregueses del pasado, han contribuído a la certeza de que el porvenir espiritual del ser no está circunscrito a las transitorias vicisitudes de la vida material y a la muerte como término fatal.

Todavía y a modo de acertos probatorios de fenómenos en general tanto de vivo a vivo, como de moribundo a vivo o de muerto a viviente, citaremos los últimos experimentos de Richet, Bosson, Barret, Shrenck-Notzing, Hislop, Crauford Couvillier, Lodge, Doyle y otros más, los cuales presentemente han estudiado bajo sus diferentes aspectos los innumerables casos fenoménicos de orden anímico y espírita que ya voluntariamente o casual se desarrollan en el curso de sesiones científicas por intermedio de reconocidos mediums y cuando se trate de conceder carácter espírita a determinadas manifestaciones de orden sobrenatural denominadas así, porque hasta el presente su origen es un enigma para la ciencia, tendríamos que concluir haciendo nuestra esta frase de René Suaré: "no queda duda

sobre la realidad de los fenómenos" y aunque la explicación además fuese hipotética ello no obstante deja el campo abierto a las apasionadas controversias sobre el *curioso y trascendental* tema del secreto destino de la humanidad.

VI

Las fundamentales de la doctrina espírita hay que buscarlas también fuera de las pruebas experimentales. Es conveniente estimular en el ser humano el interés de su curiosidad con algunas consideraciones previas, que despierten en su dormida razón la idea de que la doctrina tiene sus antecedentes, que han producido al observador valiosos materiales, permitiéndole la construcción sólida de las bases en que descansa su creencia, y de este modo llegado el momento de la comprobación, pueda el neófito aceptar sin titubear la evidencia de los fenómenos que se desarrollan delante de su vista sin preocuparle, como es natural, la duda momentánea en presencia de hechos tan raros y magníficos, tan extraordinarios y al parecer sobrenaturales. Es innegable que hay algo maravilloso en el hombre, que se viene revelando a través de los siglos, algo que indudablemente sabe que posee y que ha servido a las generaciones pretéritas y sirve y servirá a las presentes y venideras para arrancar a la naturaleza

sus grandes secretos; es indudable que existe en el ser una condición hegemónica que le hace apto para coordinar, ordenar y relacionar todas las circunstancias que informan el archivo no ya de su propia vida si que también la correlación de existencias entre familias, castas y razas hasta pretender establecer antropológicamente la cuna del ser humano; es incontestable que la criatura terrestre posee una cualidad privilegiada que alcanza de evo en evo grados de superioridad que le permiten abarcar nuevas orientaciones en el espléndido y dilatado campo de lo que llaman ciencias, y va aunque tardamente aglomerando para su provecho las adquisiciones y descubrimientos que su labor científica les proporciona y resuelve por medio de problemas aparentemente conceptuados de irresolubles muchas cuestiones que en épocas anteriores calificábamos de enigmas: ese algo maravilloso, esa condición hegemónica y esa cualidad privilegiada que lo eleva y dignifica a la categoría del rey de la Creación, no es más que la facultad anímica, inteligente cuyas modalidades le capacitan para conocer y juzgar de todo cuanto ha existido, existe y puede existir. El hombre, pues, en su ascensión mental va adquiriendo nuevos conceptos sobre la idea del Universo y de su yo, y no puede vislumbrar hasta dónde alcanzarán sus conocimientos en el porvenir, esa ignorancia le induce a sospechar que en la constante sucesión de

sus etapas mentales predomina una ley, su perfectibilidad progresiva, y por eso juzga que el entendimiento es la condición característica de la racionalidad conviniendo a toda la humanidad dondequiera ella se encuentre, ya en los antros y cavernas, ora en las academias o institutos, y que tanto piensa y expresa sus necesidades e impresiones el rudo con su lenguaje inarticulado y gesticulante, como el sabio con sus ideas por medio de la palabra oral o escrita, lo cual induce a creer que el entendimiento es una condición psíquica relacionada íntimamente con la función fisiológica del cerebro; máquina complicada asesorada por la acción del espíritu, mientras las condiciones anatómicas de aquél permitan a éste imprimirle su energía.

VII

La perfectibilidad progresiva del microcosmo en su evolución múltiple debe contraerse a la acción endógena del desarrollo fisiológico del cerebro, vitalizada paulatinamente en relación con su capacidad estructural por la energía anímica la cual se manifiesta elementalmente desde el instante en que la criatura pasa del ambiente en que se generó al de la vida oscilante. La vida embrionaria con su función parasitaria en un medio acuático absorbiendo la vida ajena en provecho de su desarrollo carece de las

condiciones que concurren en el ente para determinar su característica psicológica, porque durante ese período de transformación genésica es imposible proceder a una investigación al propósito de adquirir antecedentes precisos que nos revelen el origen de las funciones psíquicas antes de la vida positiva o respiratoria, y ello no podría ser de otro modo porque la vida vegetativa está subordinada a la actividad vital de la madre, y la permanencia del ser en su regazo interno, por el hecho de la coexistencia con ella, nos impone la certidumbre de la negación respecto de la independencia espiritual de la criatura. Cuando esta aseveración no fuese una verdad, aceptaríamos *a priori* una actividad espiritual socorriendo simultáneamente dos organismos, el uno incluyente e independiente, el de la madre; el otro incluído o inducido, el de la criatura, lo que nos haría caer en el absurdo de reconocer un espíritu animando dos individualidades, destruyendo así el yo consciente único que simboliza y caracteriza la personalidad del sujeto pensante, la madre. Nos parece algo aventurado el querer sustentar la teoría de la espiritualidad del nonato, y ningún psicólogo podría establecer como verdad científica, que la actividad cerebral en su manifestación mental sea una realidad genésica durante el encierro de la criatura en el seno materno, porque a ello se opone con la evidencia de lo imposible la subordinación fisioló-

gica a que está subyugada aquella durante el proceso de la generación, y cuando admitamos como hipótesis que una tal condición se verificará, habríamos de convenir en que por el hecho mismo de ese predominio, el espíritu de la madre sería el motor que operaría semejante fenómeno; nos parece, pues, más científico, que la vida espiritual se manifieste desde el instante en que la criatura nace, ya que es entonces cuando se quebrantan las ligaduras materiales internas que le ataban a la madre y principia para el recién nacido la vida de luz, de oxígeno, de los sentidos que le van poniendo en comunicación con el mundo externo.

Si el instrumento cerebral, como un factor de la función general del cuerpo humano adquiere parcialmente su crecimiento armónico, es decir, que sus regiones anatómicas forman un conjunto proporcional y correspondiente, la energía espiritual con sus potencias encontrará propicio ese agente o medio para manifestarse paulatina e intensamente, así es que desde la niñez hasta las postrimerías de la vida, o sea desde el instante del nacimiento hasta el de la muerte, hay una gama de mínima a máxima que comienza a disminuir cuando la estructura cerebral empieza a resentirse de las influencias del agotamiento fisiológico, o de las causas morbosas, o bien por las consecuencias de casos fortuitos, circunstancias que afectan anatómicamente al cerebro estorbando su normalidad

y provocando trastornos o desequilibrios ya crónicos bien transitorios o leves.

Es indiscutible que la evolución de la mentalidad está circunscrita al cerebro como órgano adecuado y adaptable para servir de instrumento a la energía y puede admitirse que la mayor o menor capacidad inteligente de sus manifestaciones durante la vida del hombre no pueden referirse unicamente al alma ni tampoco al cerebro, en tanto que se considere al ser humano como entidad dual con su individualidad y personalidad, y sus actos mentales resultan de la conexión activa y funcional del alma y el cerebro como agentes o factores primordiales informando la vida del animal racional.

Aceptada la afirmación anterior como una verdad realizable o hecho cumplido ya que no podría dejar de ser en razón de su carácter evidentemente lógico síguese como consecuencia que la correspondencia entre el alma y el cerebro en su correlación íntima, produce las formas del pensamiento exteriorizado desde el más elemental hasta el más complejo y que la intensidad inteligente de esas formas está en relación con la mayor o menor condición intelectual espiritual actuando sobre un aparato cerebral más o menos desarrollado anatómicamente; este mismo razonamiento debe aplicarse a las cuestiones que se relacionan con los actos morales porque el génesis espiritual como el génesis vegetativo,

contienen en su esencialidad los gérmenes generadores de su evolución y ésta no es otra cosa que el crecimiento y desarrollo de los órganos de la vida animal en el cuerpo físico, y el proceso progresivo de los estados mentales del alma en el espiritual; de la asociación, pues, del espíritu y la materia resulta el conjunto de ese complicadísimo y pequeño mundo que llamamos microcosmo.

VIII

Si de la función del cuerpo y de la del espíritu, o del alma y el cerebro, se origina en el ser la vida sensitiva, volitiva, recordatoria y racional, ¿habría motivo para no sospechar que la calidad de semejantes manifestaciones pudieron depender tanto del grado o energía de la fuerza intelectual del alma como de la conformación interna del cerebro? La lógica, el sentido común, no lo rechazarían, ni se atrevería a negarlos el psicólogo, quien atento a las múltiples modalidades que integran la vida espiritual del ser humano, deduce de ellas la sospecha de que sus alcances deben estar en razón directa del grado de intensidad intelectual del alma actuando quizás en un cerebro más o menos bien organizado fisiológicamente hablando, y a su vez lo comprueba los resultados de las observaciones de la ciencia mé-

dica en lo que concierne a la anatomía, cerebral, al investigar el origen de las alteraciones mentales, cuando comprueba que una región del cerebro lesionada influye o determina un trastorno o desequilibrio de las manifestaciones psíquicas, y es tal la profunda creencia que abrigamos sobre la teoría que venimos exponiendo que nos parece susceptible de sintetizarla estableciendo el siguiente cuadro de alteraciones :

alma	mente	instruída	en	cerebro	armónicamente	desarrollado	produce	(a)
id	id	ignorante	id		id	id	id	(b)
id	id	instruída	id		inarmónicamente	id	id	(c)
id	id	ignorante	id		id	id	id	(d)

(a) fenómenos intelectuales.

(b) id de instintividad.

(c) id de alteración.

(d) id de idiotas.

En lo que concierne a las manifestaciones de orden moral, que no son en definitiva más que la síntesis de los distintos modos combinados de pensar, sentir y obrar, o sea el conjunto de las resultantes de las acciones humanas con relación a la bondad o malicia en que se inspiren, es asunto demasiado complejo para intentar un ensayo de coordinación

entre las tres actividades principales que se supone conforman las expresiones éticas del ser.

A no dudarlo, del estudio y examen del cuadro que hemos trazado surgirán cuestiones de esta índole: si el espíritu comprende que su progreso depende del ejercicio y práctica de acciones laudables y adquisiciones instructivas, sería justo que persiguiendo aquel propósito encarnara en un organismo infantil del cual no tiene la certidumbre de la futura perfectibilidad de él para el ejercicio de sus actividades? El espíritu conoce de antemano que no podrá prematuramente revelar todas las condiciones psíquicas que son su personalidad, porque sabe que en virtud de una ley tiene que ir paulatinamente utilizando el organismo humano a medida que este adquiere las condiciones fisiológicas necesarias para la labor espiritual, y suponiendo que debido a morbosismos de origen genésico el cerebro no adquiriera en el tiempo natural las condiciones requeridas para su utilización, entonces sucede que la expansión anímica no se traduce en expresiones intensas (como resultaría cuando se estuviese en posesión de un cerebro bien conformado) lo cual no afectaría en nada a su marcha ascendente, (puesto que esta no es más que un accidente precursor de progreso espiritual) porque a consecuencia del sufrimiento que la agobia dada la contrariedad de no poderse manifestar tal cual es, experimenta en su íntima

esencialidad emociones gratas al presumir que ese estorbo redundará en provecho de su perfección, por medio de la cual se adquiere la resignación que simboliza en lo humano y espiritual la humanidad, una de las virtudes que nos aproxima a la perfección moral.

Hay también que reflexionar cuando se piense en un espíritu que ha encarnado en un cuerpo cuyo desarrollo cerebral no sea completamente normal o apto para el desenvolvimiento de las energías adquiridas en otras vidas, que siendo la tierra un lugar de depuración que implica adelanto, todas las reencarnaciones conllevan para el ser espiritual algún mejoramiento mental o moral, aunque su personalidad parezca afectada por la alteración fisiológica del instrumento transmisor, pues el hecho de que algunas modalidades de las potencias del alma se sientan cohibidas en sus expresiones, no impide la manifestación de otras que adquieren a veces un alcance prodigioso merced al constante funcionar a que las obliga la ausencia de integridad de aquellas facultades que son perturbadas por el estado patológico del órgano del alma. Tenemos, pues, que lo expuesto sobre las relaciones y dependencias del alma y el cerebro, o vice-versa, nos lleva a aceptar esta conclusión: *que el espíritu acciona sobre los órganos y que estos a su vez influyen sobre el espíritu y que mientras el espíritu se adapta a los medios fi-*

siológicos que encuentra para ejercitar sus potencias, trabaja con ellos mientras se lo permita la función biológica que integra la vida vegetativa, fenómeno que al desaparecer provoca el éxodo del espíritu, destruye la individualidad, produce la muerte del cuerpo y relega a este a la acción de las reacciones y transformaciones bioquímicas.

IX

El hombre, viajero de la tierra, sigue la ruta de la muerte y tan pronto nace recorre en tres jornadas, (la niñez, la juventud y la vejez) el trayecto de la cuna al sepulcro; en cada una de esas etapas su cuerpo físico se resiente de las alteraciones fisiológicas y lo que al principio era pequeño físicamente se hace grande y lo grande vuélvese pequeño por extenuación, y la inocencia de la infancia se resiente de las influencias morales de la adolescencia, época de las fuertes reacciones psicológicas, hasta que los síntomas de la decrepitud denuncian las postrimerías de la vida.

Es un viacrucis el camino que recorre el ser desde su advenimiento a la luz hasta el crítico momento de pagar su tributo a la naturaleza o sea su desencarnación; una constante sucesión de circunstancias le torturan constantemente en su lucha por la existen-

cia, en ese rudo batallar adquiere el espíritu mayor intesidad intelectual y moral y como su cualidad evolutiva y progresiva sólo es susceptible de verificarse por la adquisición de conocimientos durante su permanencia transitoria en el cerebro humano, cabe suponer que se requiere más de una existencia para alcanzar en esta tierra el máximun de adquisiciones que lo capaciten para abandonar definitivamente su tarea reencarnadora, e ir a laborar a otros mundos en que quizás lo que nosotros aquí llamamos progreso en cualquier orden, ya moral, ora intelectual, sea allí principio elemental de una nueva existencia.

X

En ninguna cuestión cual que sea su alcance científico no se debe prescindir del análisis, so pena de falsear la verdad, que no puede ser más que una en esencia, bien que por circunstancias de índole diversas originen otras verdades relativas o de carácter complementarias; por eso la teoría de la reencarnación de suyo tan trascendental requiere explicaciones analíticas que satisfagan todas las exigencias espíritas. Es bueno, pues, situarnos en el terreno de la lógica y del sentido común, y reflexionar sin perjuicio sobre la dualidad del ser, pensando que los antecedentes de esa condición no se pueden

encontrar dentro de los límites de la individualidad humana, ya que su especie no es espontánea, por tanto su procedencia zoológica debe circunscribirse a la ley del transformismo como su geología espiritual debe obedecer a la ley de la transformación progresiva; luego, si la característica dual del hombre se relaciona con fenómenos que se pierden en el misterio de los principios eternos de la creación, no se puede precisar el momento genésico de la asociación entre el espíritu y la materia, sin extraviarnos en el laberinto de las hipótesis. Presumimos que en el ser racional es donde se debe comenzar el estudio de la reencarnación porque ya en él la comprensión espiritual ha adquirido un desarrollo que permite establecer distinciones.

Si el problema de la reencarnación es para algunos espiritistas motivo de amarga incertidumbre, es porque no recurren a las fuentes del raciocinio y piensan que si el alma en su larga jornada de preparación ha recorrido la animalidad para llegar en su escala ascendente hasta el hombre primitivo, al alcanzar esa faz de su desenvolvimiento ¿sería posible concederle un caudal de adquisiciones aptas para las nociones rudimentarias de cualquier ciencia? ¿Podría alguien afirmarlo al recorrer con el pensamiento la inmensa diferencia entre el hombre antropológico y el hombre actual civilizado? No, pero el espíritu que animó el cuerpo de un *troglodita*, pue-

de vivificar el de un hombre ilustrado con esta diferencia: la de que el alma de ese espíritu por sucesivas reencarnaciones adquirió un caudal de conocimientos que elevaron a ese hombre a la categoría de sabio —presumiendo el incauto haberlos adquirido durante la efímera existencia de una vida— lo que es un contrasentido, porque si admitimos el alma hay que aceptarla conforme a las leyes que rigen los eternos principios de la vida, con un origen, con una evolución ascendente y progresiva, con una finalidad; y su origen como toda alfa, como toda esencia, es desconocida; su evolución como toda marcha tiene sus etapas constitutivas por los eslabones de la civilización que la historia nos revela con caracteres indelebles cual huellas de luminosos espíritus de cada una época; su finalidad como tendencia a la perfectibilidad moral e inteligente, es aquí, en la tierra, preparar al hombre para la fraternidad universal, y allá en el espacio aproximarse libre de impurezas a la Verdad Eterna.

XI

Sin las encarnaciones, que son otras tantas alternativas obligadas del espíritu en su viacrucis hacia la meta de sus aspiraciones, que es el acercamiento hacia la Verdad Suprema, la labor de él se-

ría tan poco edificante que nos desconcertaría al extremo de sufrir decepciones en razón de que la actividad espiritual circunscrita en una sola existencia terrestre nos inclinaría a aceptar la creencia del alma vivificando un solo y único cuerpo, teoría injustificable desde el punto de vista de la equidad, la justicia y sobre todo de la Caridad, porque el alma sin las oportunidades para purificarse sufriría en su porvenir por errores o faltas cometidas en la vida terrestre, cuando con algunas encarnaciones habría podido subsanarlas.

Las encarnaciones son tan útiles y necesarias al adelanto del espíritu como los cursos de un plantel de enseñanza para la juventud, ésta no podría sin la preparación consiguiente alcanzar la inscripción de los cursos elevados y es posible concebir la amplitud científica de ciertos cerebros sin que haya precedido una causa influyente en esa esfloración de la inteligencia humana ¿Se convendría que el alma creada simultáneamente con el nacimiento del cuerpo adquiriera tan enorme acopio de conocimientos en un tiempo tan limitado como el del desarrollo de la mentalidad en el hombre? No, el espíritu no puede circunscribir su acción expansiva en una única vida terrestre, este desacuerdo tiene su legítimo fundamento en la razón de orden lógico siguiente: que siendo la inteligencia condición esencial del alma y el cerebro el órgano especial de su

manifestación cuando la imperfección anatómica de él estorbe la acción de aquella evidenciado por la actuación mental de un hombre en la vida práctica no sería para el espíritu desencarnado que alienta ese cuerpo motivo de pesadumbre por no haber alcanzado algún adelanto durante su locación en ese albergue impropio y tener que resignarse a la eterna ignorancia que le distancia de los espíritus privilegiados ¿Y es posible una teoría en oposición a los principios de bien, justicia y progreso proclamados por la ley moral para infundir en el espíritu la absoluta confianza en la fe de un porvenir pleno de esperanza ultraterrestre? No, imposible, porque todo tiene su razón de ser y esa teoría carece de base racional y contraría la esencia de las reencarnaciones que son la expresión de una ley por la que el espíritu se asimila nociones nuevas en cada una de las moradas transitorias que constituyen el itinerario de su ascensión paulatina, hacia su perfectibilidad, ley vinculada en esta verdad general: que la armonía de los seres y de las cosas no puede manifestarse virtualmente más que por incesantes vibraciones de mayor o menor intensidad trasluciéndose en modalidades de carácter morfológico o de expresiones anímicas. Supuesto que el espíritu no podría sustraerse a esa ley sin dejar de ser, es preciso que ella le afecte, por eso creemos que en su evolución el alma vaya adquiriendo la noción de sí mis-

ma, fortificándola a medida que las existencias terrestres se multipliquen, exhibiendo sus adquisiciones en las diferentes oportunidades de su vida, hasta que su perfectibilidad moral e intelectual le permitan emanciparse definitivamente del yugo de esa ley.

Las reencarnaciones, pues, constituyen un conjunto de pausas provechosas a la acrisolación del alma; sin ellas sería imposible alcanzar por medio del amor y del sufrimiento, el trabajo y el estudio, los méritos necesarios para su absoluta retractación de las influencias terrestres e ir hacia distintas regiones en el espacio o a otros mundos menos materiales que el nuestro.

XII

A diario vemos desaparecer del escenario de la vida positiva a extraños, conocidos, amigos y parientes; siempre un dejo de tristeza impresiona hondamente nuestra vida al contemplar el descenso del cadáver en la fosa, y nos preguntamos ¿qué habrá de cierto en ese profundo misterio de la muerte? ¿Acabará allí todo? ¿Habremos de esperar nuestro turno para cerciorarnos de la verdad? ¿Buscaremos la resignación en la religión que nos deja entrever las claridades de un más allá? ¡Oh! mortal, ni en

la tumba se concluye todo ni hay que esperar el momento de la partida para cerciorarse de la evidencia, pero sí tendrás que acudir a la fuente de consolación religiosa para confortarte, ya que la creencia en Dios y en sus designios te conducirían al portal de la esperanza, hermosa idealidad de la realidad futura que encontrarás en los principios científicos del espiritismo.

XIII

Al querer testimoniar que los fundamentos de la doctrina espírita habría que buscarlos, no solamente en las pruebas experimentales, sino también en el estudio razonado de los antecedentes que han influido en la razón humana a fomentar la creencia de que el alma perdura después de su divorcio con el cuerpo, comenzamos por hacer resaltar que el entendimiento con sus actividades como potencia del alma es el agente por excelencia de la representación consciente del espíritu. Desde que el desarrollo de las potencias del alma constituyó al ser humano en árbitro de la tierra, empezó a germinar en su razón la idea de que la existencia de un más allá podría ser consecuencia de la prolongación de la vida, ya que la subyugación a que está sometida la materia en este mundo constituye un conjunto de tribulaciones que amargan

perennemente su existencia, así fué como buscando compensación a las vicisitudes sufridas, creó intuitivamente el mundo espiritual o compensatorio, como complemento de esa otra primordialísima idea de la concepción de Dios, engendrada por la impresión del miedo, la desesperación, el dolor y la contemplación extática de la naturaleza y el firmamento.

La invención ideológica de la vida espiritual no habría obtenido la sensación del creyente si sólo se hubiese refugiado en la virtualidad metafísica de la fe. Otros precedentes forjaron en las conciencias la estabilidad convincente de que la existencia de la vida ultraterrestre no era una quimera hija de la fantasía, imaginativa; no, el hombre vislumbró el alborear de la evidencia en ciertos y determinados fenómenos que considerados en la infancia de la existencia humana como ensueños de temperamentos febriles, y más después como fulgores de la exaltación mística, o como faltas apreciaciones de algunos de los sentidos físicos, tenían sin embargo un sello característico de la realidad: la repetición constante y prolongada de ellos desde las edades primitivas con su carácter de sobrenatural o misterioso.

XIV

Siempre ha sido la ignorancia motejada de supersticiosa, y sin embargo, esa creencia tuvo origen en

la vinculación del amor o del remordimiento, porque ella en los tiempos antiguos se circunscribía a la práctica consoladora de honrar la memoria de los muertos por la oración y el recogimiento; pero al andar de los tiempos el carácter de esa demostración recordatoria varió conceptuosamente y lo que era sencilla muestra de expansión simpática para con los desaparecidos, tornóse en ridícula expresión de fanatismo religioso tan perjudicial a la razón y a la conciencia; pero el hábito de los rezos y la costumbre de celebrar honras fúnebres perdura y perdurará aún con mayor fervor porque a medida que el espiritismo adquiera proporciones mayores se acentúa más la creencia acerca del mundo de los espíritus y más se compenetra el hombre de la grandeza Suprema y más fe le concede a las súplicas que hace en obsequio de sus difuntos por medio de la oración.

La devoción por el homenaje de cariñosa perdurabilidad hacia los deudos y amigos fenecidos proporcionó momentos propicios a ciertas manifestaciones espontáneas de orden espiritual, porque en la intimidad de las reuniones que se verificaban con el piadoso móvil de elevar al Todopoderoso peticiones por las almas queridas, incuestionablemente prevalecía la comunidad de ideas, la fe en la oración, la sinceridad de los pensamientos, la virtud de la benevolencia, el amor por los ausentes y estos estados del alma compenetrándose en las conciencias,

contribuían a saturar el ambiente de flúidos por las emanaciones despedidas por los concurrentes en ese momento de tensión espiritual, produciéndose una atmósfera adecuada para el desarrollo de manifestaciones psíquicas; y como las facultades medianímicas ignoradas de algunos de los congregados sufrieran las consecuencias del medio, asombraríanse ante las impresiones de sus sentidos por la presencia de imágenes, la audición de voces y sonidos, y la sensación de contactos. La relación de estos hechos a sus compañeros presentes podrían ser creídos, pero el comentario no dejaría de ocupar la imaginación de ellos hasta que la multiplicidad de idénticos casos acaecidos en otros centros de oración fueron aceptados como hechos cumplidos rodeados del más profundo misterio, pero que denunciaban evidentemente la presencia en esos sitios de huéspedes moradores del mundo ultraterrestre.

Hemos dicho que la congregación íntima con intenciones rogatorias, deprecativas, en materia de los que fueron puede en muchos casos favorecer las facultades medianímicas de algunos de los asistentes, en la producción de fenómenos psíquicos, pero esto no significa que las manifestaciones de índole anímico y espírita tenga su origen en el curso de tales reuniones, no sería una aseveración sin fundamento absoluto, porque establecer cronológicamente la época de los primeros indicios del espíritu

posmortem es una pretensión inútil, ya que ellos deben ser tan remotos como la existencia humana, dado que la vida sin la muerte no se concibe y sin el concurso del espíritu ni la una ni la otra habrían adquirido la trascendencia que integran, porque se habrían sucedido inconscientemente como acontece con los vegetales que crecen, se desarrollan y mueren conforme a la ley fatal del desarrollo evolutivo. Al referirnos a esos grupos es porque en ellos la tendencia o pensamiento hacia una misma finalidad contribuye eficazmente a la formación de un ambiente de influencias o efluvios que atraen a los desencarnados ávidos de manifestarse siempre y cuando las condiciones medianímicas de algunos de los presentes sean susceptibles de realizar ciertos fenómenos, y como los espíritus son las almas de los muertos, nada más natural que hacer sentir su presencia en un acto que tiene por móvil la obtención de gracias y mercedes para aquellos que la han menester.

En todo tiempo y época se han comentado las apariciones fantasmáticas, pero antes de que el espiritismo fuese conocido, se les concedía un carácter sobrenatural y misterioso por el hecho de su aparente espontaneidad en sitios que eran considerados como albergues de duendes y espíritus malignos, transmitidas a través de los siglos por las leyendas; pero con la exposición de las teorías que confirman

la doctrina espírita, todo se explica racionalmente, y la humanidad hoy disiente mucho de la creencia de la de antaño y tiende a familiarizarse con todos los asuntos psíquicos por el hecho de que en un momento dado y en circunstancias especiales se logran obtener determinados fenómenos, tan bien comprobados que colmado el máximun de la incredulidad exigente, empezó a interesar a los sabios, quienes se ocuparon de estudiarlos, analizarlos y apreciarlos de todo lo cual surgieron las controversias consiguientes, no en lo que concernía a la realidad de los fenómenos, sino en lo que se contraía al carácter supraterrrestre de algunos de ellos.

A medida que la materia se hace más vieja, es decir, que se aleja del punto de su brote primitivo, se cumplen en ella las múltiples transformaciones que han constituido los tres reinos en el inmenso laboratorio de la naturaleza. El hombre ha aprendido muchísimo, y se afana activamente por descubrir merced a profundos estudios las verdades científicas, que encierran las innumerables modalidades con que se presentan a la consideración del sabio, las variadísimas manifestaciones que colman las expresiones coexistentes de la fuerza sustancial en todo lo que es del dominio de la inteligencia humana. No hay razón para menospreciar aquello que no se pueda encuadrar en el marco de las verdades sustentadas por la ciencia, porque ésta, en ocasiones,

no puede someter al método experimental que la práctica requiere determinados casos que no están al dominio obligado de la voluntad imperante del investigador, pero cuando surgió en la mente del hombre la idea de someter al desiderátum de la ciencia el estudio de los inconcebibles fenómenos de la energía espiritual, la metodología, guía precioso que sirve de norma para la organización de cualquier estudio separó fiel y comprensiblemente en dos variados grupos las manifestaciones fenoménicas que al principio se confundían, catalogándolas en series graduadas desde la menos impresionante hasta la más trascendental; de esta clasificación se derivó una consecuencia importantísima, cual fué la de que hipnotizadores y psicólogos reconocieran basados en sus innumerables experimentos este principio: que la *acción física y psíquica del hombre no está confinada a la periferia de su cuerpo*.

Este principio habría podido servirnos de auxiliar para avalorar más las consideraciones ya expuestas sobre las cuestiones que se contraen a la independencia del alma; pero precisamente como el surgió a consecuencia del empeño tenaz en comprobar la realidad de esa hipótesis, era asunto de método condensar los antecedentes para llegar a esa conclusión científica, que bien puede considerarse como la línea divisora sobre las dos categorías que integran los grupos fenoménicos de las manifesta-

ciones del alma: a los de la primera categoría o *ante-mortem* corresponden todos aquellos casos en que el alma de un hombre vivo actúa a distancia impresionando los sentidos de una o varias personas, y muchas veces inconscientemente, esto es, sin que su personalidad sensacional se de cuenta de ello, ya que esos rasgos característicos son del exclusivo dominio de la conciencia interior que piensa y quiere con su yo y a esto se le llama animismo; a la segunda categoría o expresiones *post-mortem* pertenecen el conjunto de hechos que franqueando los límites de la intervención del hombre vivo, no se pueden explicar por el animismo y entonces se pernocta en el campo de los fenómenos espíritas; pero para llegar a la obtención de esas hermosas comprobaciones hay necesidad de un factor intermediario que representa papel importantísimo a quien sirve como de instrumento a la energía comunicante ya provenga de un morador de la tierra o del espacio; en ese agente privilegiado en quien fluido magnético ha sido prodigado fisiológicamente por la naturaleza están vinculadas las esperanzas de aquellos que anhelan comunicarse con el mundo incorpóreo y ese mortal favorecido es el que se conoce con el nombre de *médium*.

Al mediunismo anímico corresponde, pues, una serie de fenómenos cuya causa se origina de la acción extra corporal del alma de un ser completa-

mente vitalizado por todos los elementos que conciernen a la existencia terrestre, tales fenómenos, que por lo regular se manifiestan ocasionalmente, van siempre con el sello de la impersonalidad, circunscrita que nos infunde cuando menos la sospecha razonable de que no proceden de origen extra-terrenal. Al hablar de la impersonalidad no pretendemos establecer absolutamente que ella sea constante, pues en variadísimos casos la personalidad de un ser vivo puede sin vacilaciones comprobarse, y si en virtud de que las manifestaciones por la vía mediúmica-anímica nos pueden ofrecer casos probatorios de identidad viviente ¿por qué habríamos de abrigar la sospecha de que cuando una manifestación nos ofrece todos los elementos que integran la personalidad de un difunto no sea ella realmente de procedencia supraterrrestre?

Alguien que no quiera sufrir el influjo de la duda al respecto de la verdadera existencia de los fenómenos de carácter espírita al pensar que pueden ser siempre considerados como de condición anímica, es bueno que recapacite sobre la diferencia capital que distingue a las dos categorías, pues en los fenómenos espíritas el sello de la personalidad terrestre del difunto no puede confundirse con la persona viva, puesto que la aparición o evocación de un espíritu que no fué conocido en la tierra inmediatamente se nos manifiesta con todas las cir-

cunstancias de su carácter, testimoniado por el lenguaje o la escritura que son invariablemente factores esenciales o atributos de la personalidad; o por la constitución de los rasgos fisonómicos de las materializaciones unidos al porte y ademanes que constituían la euritmia del difunto; o por la diafanización de asuntos del fuero interno ignorados de los deudos del desencarnado que han servido para aclarar cuestiones de familia; o bien fuera de muchas otras pruebas como la del moldaje, la del contenido inteligente de las comunicaciones que en la pluralidad de los casos es superior al alcance intelectual del médium, y aun es más asombroso cuando ese contenido está redactado en un idioma desconocido del médium y de los asistentes.

Pero volvamos a la cuestión de la división y de las manifestaciones del mediunismo; aquella está clasificada en dos órdenes como dijimos anteriormente: la primera, o sea la acción extracorporal del hombre vivo correspondiente a los siguientes fenómenos:

Telepáticos—transmisión impresiones.

Telecinéticos—desplazamiento de objetos.

Telefánicos—los dobles.

Teleplásticos—aparición de imágenes.

En lo que atañe al mediunismo espiritista que bien considerado y juzgado es un aspecto ulterior del animismo y sus fenómenos, pueden catalogarse en progresión ascendente teniendo en cuenta el valor

expresivo de la identidad lo cual se concreta al reconocimiento de la personalidad del desencarnado que espontáneamente o emplazado se presenta en una reunión espiritista o fuera de ella. Los casos de identificación podrían reducirse a varias clases sometiendo esencialmente a la comprobación de las condiciones físicas, morales, intelectuales y artísticas del comunicante o aparecido con el recuerdo de su semejante *ante-mortem*; estos casos subordinados necesariamente a la investigación analógica de las características que concurrieron en el vivo con las del ser espiritual en el momento de su transitoria aparición o evocación, están circunscritas al conjunto de las condiciones enunciadas en párrafo anterior y son las siguientes, pautadas en las clasificaciones rigurosas de los textos espiritistas.

Se reconoce la identidad de un desencarnado:

1o.— Por comunicaciones en su lengua materna.

El médium desconoce la lengua.

2o.— Por comunicaciones y escrituras idénticas a las que tenía en su vida material.

El médium no conoce al difunto.

3o.— Por comunicaciones cuyo estilo y expresiones le eran familiares.

Sin estar presentes en la sesión personas que la conocieron comprobada la identidad ulteriormente.

4o.— Por comunicaciones detalladas referentes a su vida de relaciones.

5o.— Por comunicación de asuntos exclusivamente pertenecientes al mismo.

6o.— Por manifestaciones provocadas por el llamamiento del desencarnado.

En presencia de personas que lo conocieron comprobado ulteriormente en presencia de personas que lo conocieron.

7o.— Por manifestaciones psíquicas y físicas del desencarnado.

En ausencia de toda persona que lo conocía.

8o.— Presencia de un desaparecido demostrada por el fenómeno de la visión mental del medio.

9o.— Presencia de un desaparecido comprobada por la fotografía trasental.

10o.— Aparición de la figura terrestre de un difunto materializado acreditada por la fotografía.

11o.— Aparición de la forma humana de un difunto materializado confirmada por demostraciones intelectuales.

La dualidad del ser con sus fenómenos biológicos y sus expresiones psíquicas presentan tal complejidad e imprimen al hombre un aspecto tan misterioso y revelador de una causa incognoscible, que nos hace reflexionar hondamente en su destino.

Nuestras fuerzas psíquicas que no son otras que la potencia anímica en sus infinitas modalidades

traducidas en expresiones que la ciencia cuidadosamente ha clasificado, nos advierten que el ser humano está capacitado para la lucha en el tránsito terrestre y para laborar por la modificación de las condiciones atávicas que le tienen aún asimilado al irracional; porque es una verdad indiscutible que mientras más se aleja el hombre de la animalidad, más amplias son las concepciones de su mentalidad y consecuentemente más altamente discurre sobre las causas y efectos de las leyes que regulan la vida actual y sus fases ulteriores. Respecto a este último punto, antes que la doctrina espiritista se aproximara al rango de ciencia, las especulaciones metafísicas habían arraigado la fe en la conciencia de los que no apartándose del camino de la espiritualidad, reconocían la insubstancialidad de la vida material, pero sin la esperanza de una nueva faz, como complemento forzoso del proceso evolutivo de la energía anímica.

XV

Es una necesidad del ser que se impone a las circunstancias de su vida, el constante batallar por adquirir nuevas nociones que puedan descorrer el velo misterioso que oculta a su penetración las verdades sintetizadas en tantos fenómenos que rodean

el ambiente en que él se desenvuelve; y la idea de que la brevedad de la existencia humana no puede ser considerada psíquicamente como lapso suficiente para que el espíritu alcance su adolescencia moral e intelectual, le lleva directamente a la certidumbre de que en el impenetrable arcano en que se encierra la maravillosa facultad del alma comienza a revelarse con prístinos destellos su misma inmortalidad.

El aguijón del criterio investigador y el deseo de lograr el alcance de determinadas y repetidas explosiones de carácter psíquico, inclinaron al hombre a la tarea de una larga serie de observaciones que bajo el nombre colectivo de psiquismo trascendental abarca un conjunto de expresiones anímicas que se diferencian totalmente de aquellas que pertenecen al estado moral, originarias del dinamismo psicofísico que es la resultante de la radioactividad inherente a las fuerzas néuricas y musculares del animal y que en el ser racional suelen denominarlos efluvios humanos cuya mayor o menor intensidad lo muestra la fotografía por medio del grafismo.

Empero, dichas expresiones no habrán sido definitivamente comprendidas bajo el epígrafe del psiquismo trascendental, si con antelación no se hubiese conocido el fenomenismo magnético, preconizado con la nueva ciencia modificadora del concepto psicológico del ser, al destronar el empirismo arcaico en que se apoyaban las especulaciones metafísicas

de antaño; el resumen del conjunto teórico-práctico del hipnotismo como aspecto especial del magnetismo, ha contribuído al esclarecimiento de ciertos hechos que se aceptaron anteriormente como fenómenos de filiación espírita.

Los hechos irrefutables de las dos clases de fenómenos que acabamos de enumerar y que constituyen los índices de las manifestaciones medianímicas en sus expresiones anímica y espírita, han promovido entre las eminencias científicas porfiadas controversias que redundando en beneficio de la existencia de ambas han establecido definitivamente los caracteres que a cada una de ellas corresponde, y reconocido oficialmente el animismo sin atreverse a la afirmación en lo que respecta al espiritismo por cuanto que al decir de los incrédulos, es preferible permanecer indiferente ante las reservas que se imponen en presencia de un asunto tan trascendental como el de las relaciones con los muertos ya que la desaparición de los seres en la tierra es una ley natural que parece extenderse más allá de los límites de la concepción humana; pero a esos incrédulos hay que advertirles que esa ciencia que hoy corrobora con los adscritos al animismo ayer se burlaba del magnetismo, rechazaba el hipnotismo y negaba el sentido psíquico por carecer de un órgano propio con qué comunicar sus impresiones al cerebro, y si nos determinamos a pormenorizar las negaciones

científicas en presencia de los descubrimientos nuevos se confirmaría que aquellas lo han negado, todo, conformándose después con expresar su *mea culpa* aceptándolo todo; por esto el gran Arago en presencia de ciertas experiencias de sonambulismo dijo: "el que aceptando las matemáticas puras pronuncia la palabra imposible, carece por lo menos de prudencia" y esto es lo que en distintas ocasiones ha acontecido a los llamados sabios, quienes han querido sojuzgar el criterio ajeno al suyo, sin reflexionar que en el campo de las metafísica y la psicología las experiencias universalmente aceptadas son aquellas que mejor denuncian al hombre las probabilidades de su incierto porvenir, ya que desde que el ser razonó sobre el problema de la muerte forjóse la esperanza de una transición, siendo constantemente su mayor desvelo el cerciorarse de una tan halagadora hipótesis. La negativa respecto a las circunstancias que rodean un hecho, no despoja a este de su realidad tanto más cuanto que, relacionadas aquellas con otras de su misma aparente analogía, resultan absolutamente distintas en su origen, y he ahí la razón por la cual los espiritistas sabios, prudentes y reflexivos, concordando con el experimentalismo científico, declaran a la faz del mundo:

1o.— Que el yo persiste conscientemente después de la muerte.

20.— Que los espíritus se corresponden en el espacio.

30.— Que los desencarnados se comunican con los terrenales.

Estas conclusiones, que evidencian la existencia de la inmortalidad del alma, establecen la base fundamental de la teoría espiritista, cuyo cosmopolitismo actual denuncia la consoladora virtud de su doctrina.

“La verdad es lo que es”, ha dicho San Agustín, y cuando nuestros sentidos son impresionados conjunta o alternativamente, es proque existe una causa, es porque ésta realmente existe; y sería una negación obstinada y ridícula atribuir a ilusión un fenómeno que no es simplemente del dominio subjetivo, cuando la opinión colectiva afirma, que la naturaleza de la objetivación es tan positiva, que hasta la misma ciencia con su avara indulgencia ha concedido a los fenómenos algo que está fuera del alcance científico actual, y que por lo tanto, la imposibilita para llegar a un veredicto contrario al principio sustentado por la doctrina espírita, o sea acerca de la comunión con el mundo de los espíritus o desencarnados.

2001
STATION

2001
STATION



Capítulo VII

COMPLEJIDAD DE LA CONCIENCIA

I

Toda función de vida terrestre está subordinada a la ley que rige el crecimiento de los espacios; ley armónica, evolutiva, natural, que existe en virtud de su inmutable esencia, productora del desarrollo, la forma y la constitución orgánica o inorgánica de todo lo que existe y que imprime en el género humano esa característica individual y compleja que la realza de un modo singular y la diferencia notablemente de las otras especies que conviven en el reino animal. Toda acción humana por insignificante que aparezca procede de la actividad espiritual que cual soplo divino alienta, vivifica al ser y le imprime el sello de su personalidad, la cual es en todo tiempo la expresión psicológica que persiste aún después de la muerte en virtud de su eterna

esencialidad. La muerte, pues, no afecta en nada al yo como entidad pensante e impresionante, pero sí destruye la morfología individual. ¿Qué queda en la tierra del hombre que fué huésped? Su memoria, ya sea por la contemplación de su vera efigie respectuosamente conservada por deudos y amigos, bien por el recuerdo de sus condiciones morales al enumerar los rasgos de su vida positiva, ora por la reminiscencia de sus expresiones intelectuales recopiladas en manuscritos, libros, etc., Cuando de la doctrina espiritista se trata, impónense consideraciones que atañen a algunas ciencias que tienen nexos con ella, y especialmente con aquella que se contrae a las cuestiones de ética, pues es tal la relación íntima que existe entre aquella doctrina y las tendencias morales del espiritismo, que es imposible discurrir sobre éste sin referirse a la otra.

La razón nos denuncia con lógica irrefutable, que mientras más se aleja el hombre de su primitivo estado, más advierte que su irresponsabilidad va gradualmente desvaneciéndose, y que merced a su progreso intelectual adquiere capacidad para juzgar de sus actos, lo cual comprueba que en la inmanencia inteligente del alma va integrada su esencia moral.

Hay un concepto de puro convencionalismo en punto a psicología que ha venido a través de los tiempos aceptándose como real y verdadero, sin em-

bargo de no satisfacer el criterio de los que lógicamente lo han analizado; nos referimos a la idea de la conciencia tal como la conciben la generalidad de los psicólogos y como la presentan algunos innovadores completamente distanciados del espiritualismo y parécenos oportuno extender conceptos a tal respecto, exponiendo: que nos rebelamos contra la hipótesis de la conciencia fisiológica de los innovadores considerada como función análoga a la de la generación y disentimos de la hipótesis espiritualista proclamadora de la conciencia como esencialidad virtual del espíritu, porque el biologismo abstruso de la una, tanto el absolutismo psicológico de la otra, carecen de base fundamental para inclinar el criterio razonable a un otorgamiento enunciador de una falsa premisa en la cual se presume condensar el principio de la existencia del alma; creemos que todo humano está capacitado para impugnar lógicamente aquello que pueda conceptuarse como refutable en cuestión psicológica y como lo hipotético si bien es un medio propicio para llegar a las verdades positivas, también lo es para ofuscar a los espíritus impresionables, consideramos necesario combatir las hipótesis de referencia por creerlas demasiado incongruentes.

Es cierto de toda certeza que el pretender descartar las ciencias naturales como la biología, etc., de las ciencias sociales como la psicología y moral,

cuando se discurre sobre el espiritismo, es regresar al arcaísmo metafísico con sus especulaciones escolásticas. No se concibe la idea de función sin un órgano, y el hecho de que el cerebro sea el instrumento obligado de las manifestaciones del alma, denuncia su imprescindible actuación cooperativa y por ende la necesidad de reconocerle como factor insustituible; luego, perteneciendo el cerebro al cuerpo humano y regido éste por las leyes de la vida orgánica no cabe desdeñar a la ciencia fisiológica sin exponerse al ridículo.

No concordamos con la teoría de la conciencia fisiológica, porque hacerla surgir conjuntamente con el germen de la vida vegetativa, equivale a hacerla derivar del organismo como constituyéndola, y habría que considerarla a modo de un conjunto de composición elemental idéntica y la aceptaríamos como un sistema parecido al nervioso, etc., o reconocerla como actividad funcional anatómica y sería un órgano; en ambos casos la conciencia quedaría subordinada a la energía vital e inevitablemente la alcanzarían los morbosismos obligados de la materia teniendo además su patología y terapéutica correspondientes a la materia constituida. Si, pues, la conciencia, como fenómeno vital ha surgido como las otras manifestaciones de la vida biológica, es indiscutible que su amplitud debe estar en relación con el desarrollo del cuerpo, y que por tanto, mien-

tras más perfecto, armónico y hermoso fisiológicamente sea el individuo, mejor representada estará su expresión consciente, así es que en cuestiones que atañen a la conciencia habría que atenerse al veredicto de un campesino fornido y bien nutrido y no al de un estudiante pleno de conocimientos pero de paupérrima constitución física.

En lo que respecta a la hipótesis espiritualista, estamos en desacuerdo, porque lo esencial del espíritu no es la conciencia, puesto que ella no es causa y si efecto o consecuencia o por mejor explicarnos: es un veredicto o fallo de la razón sobre cualquier acto subjetivo u objetivo previamente sometido a la actividad funcional de ciertas modalidades del entendimiento asesorado por la voluntad y la memoria, veredicto que guarda relación con el mayor o menor desarrollo de la inteligencia. La conciencia no es inmanente, esto es, no es una intelección, ella surge o se virtualiza merced al proceso de ciertas facultades del alma; ella es, pues, la resultante de algunas actividades anímicas que concurren conjunta y simultáneamente para conceptuar sobre las acciones del ser ya pertenezcan éstas al sujeto en si o a sus relaciones recíprocas.

II

Cuando cualquier acto sea de la naturaleza que fuere, cae bajo el dominio de la conciencia, entendemos que ello significa que él va a ser circunstancialmente conocido, examinado y calificado, o lo que es mejor, va a ser motivo de un proceso, y por tanto, pensamos que la conciencia no obstante habersele considerado como juez único, carece de esencia íntima y no se le puede catalogar o colocar entre las actividades propias del alma. No se debe atribuir a la conciencia el carácter acusador que se le ha querido otorgar, porque como hemos dicho ella no es más que una nominación al acto deliberativo para conocer un hecho cualquiera bien de nuestro fuero interno, ya de nuestra vida de relaciones. La noción de la conciencia, acto reflejo, efecto de una causa compleja en que la razón actúa auxiliada por otros factores puede concebirse como un desiderátum del alma cuando se impone el conocimiento de los propios actos o de los extraños. La expresión "qué conciencia tiene fulano", es útil desarraigarla de la humana creencia, pues a fuerza de oírla repetir, el hombre cree efectivamente que un estado de conciencia es una actividad anímica que funciona libremente o independientemente como la memoria o la voluntad; esta propiedad del alma para juzgar de sus actos mediante un proceso y calificarlos es reveladora de la

misteriosa esencia que la integra y aunque el fallo en ocasiones no resulte proporcionado a la importancia del caso, es prudente atribuirlo a la limitada inteligencia del individuo, o al pauperismo de sus sentimientos de candor y justicia o a ambas deficiencias conjuntamente.

Parece, pues, racional que evitemos confundir la conciencia con el sentimiento deontológico; aquella con su juicio, veredicto o fallo nos orienta sobre la delincuencia o la inocencia, nos induce al cumplimiento del bien, y ésta, que es una condición ingénita del alma, se manifiesta con antelación a cualquier acto de antecedencia reflexiva, y es como la expresión característica que revela la bondad o la maldad congénita de un alma.

Hay errores tan antiguos como la humanidad y para extirparlos requiérese el concurso eficaz de algunas generaciones que aboguen por su anulación; el erróneo concepto sobre la conciencia es uno de tantos y por ese motivo lo hemos expuesto en esta parte de nuestras disquisiciones que se contraen a un somero examen de los nexos de la ética con el espiritismo, ya que éste, concediendo carta de naturalización a un sin número de los elementos constitutivos de aquélla, los ha adoptado porque concuerdan con los principios morales preconizados por la doctrina de la inmortalidad del alma tal como él la sustenta.

Capítulo VIII

SUPUESTO ORIGEN DE LA MORAL.

(Tema O.)

(Trabajo premiado con MENCIÓN HONORIFICA en los JUEGOS FLORALES de SANTIAGO DE LOS CABALLEROS, R. D., celebrados bajo los auspicios de la Sociedad literaria AMANTES DE LA LUZ el día 6 de diciembre de 1923).

I

El fundamento de lo que se llama moral o el origen del cual se deriva ha sido motivo de hondas meditaciones desde los olvidados tiempos de la civilización India hasta los actuales momentos en que el hombre presume estar bastante bien penetrado de algunos principios que se relacionan con las que actualmente se denominan ciencias sociales.

La filosofía de la Historia nos enseña cómo la evolución progresiva de razas y pueblos se ha verificado; el por qué de la decadencia y desaparición de ellos, y las causas influyentes en la creación de nuevas entidades políticas en la tierra hasta el presente siglo de ilustrada ferocidad; ella nos relata los usos, costumbres, religiones y tendencia de los pueblos desde sus orígenes conocidos hasta el presente; ella nos explica la ideología de las diversas lenguas y la profusión de ellas por el mundo, y así es como, también la etogenia, esa rama de la Historia, que es el vivo reflejo de la humanidad, nos lleva a indagar el origen de la moral.

La vida para el animal como para el hombre primitivo tiene el mismo valor intrínseco y su resguardo y sostenimiento debe ser para ellos asunto cardinal, como lo es hoy para todos los pobladores de la tierra. El instinto de conservación, parece ser la primera manifestación inteligente del hombre de la gruta, ya que a consecuencia de las impresiones que le producían el viento, el agua, el sol, el frío, las descargas eléctricas, buscara albergue donde guarecerse, bien porque la inactividad del estómago por ausencia de combustible lo obligara a proporcionárselo en una forma cualquiera, ora por conjurar una destemplanza de su cuerpo por medios instintivos. Todas estas acciones, consecuencia de la causa de pensar, quedaban latentes en la memoria en forma

de recuerdos para repetir las tantas veces cuantas fuesen las oportunidades idénticas. Si analizamos estas acciones que conforman sus características, las que se explican mejor por actividades, se presenta como primer concurrente la energía evolutiva, a la cual damos el nombre de VOLUNTAD excitada con anterioridad al momento de emerger, por impresiones que bien pueden ser sentimentales o sensoriales; en estos ejemplos pálpase a modo *grosso* una operación psicofísica del salvaje inherente a su esencialismo dual, pero que él mismo no podría explicarse debido a su esterilidad comprensiva o su rudimentaria inteligencia, pero la idea que entraña cada uno de esos actos, es una concepción racional circunscrita a la capacidad mental de él. No hemos querido remontarnos a la infancia del salvaje porque a medida que se aproxima la investigación al origen de lo que se escudriña, más difícil es precisar los conceptos; sin embargo, la observación repetida que bien puede contraerse al recién nacido de estos tiempos como al de los primitivos, nos enseña que el infante cuando es impresionado por sensaciones que perturban su armonía vital se resiente del estorbo y lo denuncia con el llanto, inquietud, espasmo, etc., expresiones que podrían traducirse como consecuencia del dolor o hambre u otra causa ignorada; pero es demasiado exponerse, al pretender establecer distinciones, porque en el recién nacido es rudimenta-

rio o bien los órganos no están en completo desarrollo, lo que hace imposible cualquier empeño en el sentido de una eficaz excursión por el campo de la ciencia psíquica, y por tanto, habría que circunscribir el examen a ciertos impulsos a los cuales no se podría sustraer la criatura sin arriesgar su vida a la contingencia de la muerte los que se originan en el ser en virtud de su misma constitución. Estos impulsos se determinan por reflejo o energía puestos en acción, siendo los más primordiales como exigencia inmediata de la misma naturaleza, los que se contraen al de la alimentación, al sueño y a la sensibilidad externa o tactilidad.

Pero volvamos al tipo del salvaje adulto en la época en que su condición instintiva empieza a modificarse merced a la influencia del desarrollo paulatino de las fuerzas inteligentes del espíritu.

Sería difícil cuando no imposible sorprender el momento preciso en que la racionalidad supeditara al instinto en el salvaje; pero no sería aventurado decidirse por aquel en que los seres por su coexistencia se reciprocaron en instintos y tendencias, resultando después la comunidad como origen de la solidaridad entre el hombre y la mujer o para explicarnos mejor: la mutua inclinación como consecuencia de la ley natural que se impone a las especies para su multiplicación; esa inclinación, que bien puede considerarse cuando se acentúa a consecuencia de

la prole como fidelidad, es a nuestro juicio el primer indicio, el primer brote del sentimiento en el alma del salvaje. Quizás alguien al reflexionar sobre el valor interpretativo que le hemos concedido a la inclinación, discrepe con nuestra manera de apreciarla, pero siendo aquella en los animales un modo instintivo de expresar su sociabilidad innata, es lógico que esa condición al ser exteriorizada por el salvaje deba ser bautizada con una nominación fisiológica que abarque la idea instintiva y racional, y de ahí el que la denominásemos con su nombre como símbolo de la constancia y perseverancia en la vida de relaciones.

La tendencia del irracional hacia la unión y formación de grupos da testimonio de que en él palpita el instinto de asociación, bien que esto se interprete como sentimiento impulsivo, ya como necesidad, pero la tendencia que es la de vivir en comunidad perdura y adquiere carácter hereditario hasta alcanzar al hombre primitivo en esta etapa de la vida animal que es cuando principia a vislumbrarse en los actos humanos las claridades del luminoso foco de la energía espiritual desenvolviéndose aunque lenta y limitadamente en sus dos grandes fases, la intelectual y la moral.

Es de sentido común convenir en que el instinto de la promiscuidad precedió en el salvaje al de la necesidad de singularizar su inclinación con rasgo

de preferencia afectiva común, e indudablemente que un estado de confusión y heterogeneidad tal, no responde a la eficacia que de una reflexiva observación se debe esperar, por cuanto en él subsisten con más o menos similitud las mismas condiciones de irracionalidad que en el animal salvaje; por ello hemos escogitado el instante en que el morador de las cavernas por acto instintivo revelador de su natural inclinación a la sociabilidad formara con su coetánea el núcleo originario de la multiplicidad de la especie y es oportuno exponer, que si en el hombre primitivo hubiese predominado la ferocidad carnívora, el género humano estaría aún por ser y además que la tal inclinación no es indicio unicamente de la instigación brutal si no que es también el génesis de la solidaridad doméstica base de la felicidad conyugal.

Del hecho probatorio del canibalismo en épocas posteriores a la aparición del hombre, no se infiere de su perversidad original ya que la tendencia al auxilio mutuo que es el móvil principal en la vida de grupos, de comunidades etc., es inherente al instinto de conservación, circunstancias todas que acentúan la creencia de que en el hombre los sentimientos instintivos le inclinaron a cohonestar con sus convivientes en virtud de que el aislamiento no es condición de la naturaleza humana, dado que el concepto ideológico de aquel que no difiere esen-

cialmente del de la inercia es al del principio activo generador del cuerpo y del espíritu, los que no pueden permanecer inactivos sin contrariar las leyes del movimiento evolutivo que rige la vida de ambos.

II

El amor a la vida o instinto de conservación predomina en la escala zoológica desde la especie más insignificante hasta las más curiosas, con la diferencia de que en cada una de ellas se hacen más patentes los medios de expresión, a medida que en virtud de la ley de evolución adquiere por grados el mejoramiento, tanto en lo que a la parte anatómica como en lo que respecta al desarrollo del instinto hasta alcanzar cierta distinción moral en la raza humana que es al presente clasificada de perfecta y que goza del privilegio exclusivo de sentirse vivir comprendiéndose y de expresarse pensando; ¡pero, cuántas humanidades han caído al golpe fiero de la segadora de vida antes de alcanzar la alta cumbre mental en que se encuentra, pero lejos, muy lejos aún de la cima moral do se vislumbran los resplandores de la Eterna Verdad!

En el hombre, así como en el irracional, preponderan determinadas facultades que son cardinales porque revelan en ambos su animalidad, delatan

su amor a la vida, las ejercen casi mecánicamente en virtud de cierto automatismo inherente a las exigencias de sus funciones fisiológicas. Estas facultades elementales que integran otras tantas necesidades condicionales para la conservación de la vida, pueden ser manifestadas por acciones que traducidas al lenguaje común representan la facultad general de actuar, que son: necesidad de alimentación, de defensa y de propagación, triple expresión preliminar por la cual los seres organizados denuncian exteriormente su subordinación a las leyes misteriosas que rigen su especie, la primera y última corresponden exclusivamente a la ciencia biológica, circunstancia que nos dispensa la tarea de ocuparnos de ellas. Pero así la segunda que según nuestro modo de apreciarla en cuanto concierne al hombre antropológico, es la expresión confusa de la racionalidad pugnando por libertarse de la influencia instintiva, apreciación que puede estar mejor o peor concebida, pero nadie dejará de reconocer que en el fondo de ella existen indicios de certidumbre, habida cuenta de que en la acción de la defensa preside una idea siempre concordante con una sensación o sentimiento que impulsa al acto.

El divorcio del hombre de la irracionalidad se presume desde que las circunstancias le inclinaron a sustraerse a aquellas impresiones distintas en su estado normal, y ese proceder desde el punto de

vista del instinto se concretaba a una simple tendencia de su animalidad; pero la repetición o continuación de tales actos y las sensaciones diversas que experimentaba produjeron en su mente el contraste, es decir, la noción de la diferencia, si bien que habría razón a conjeturar que anteriormente el hecho invariable de la sucesión del día y la noche habría influido en él para que germinara en su ruda razón la idea elemental de la distinción; pero como la alternabilidad del caos a la luz o viceversa, es un fenómeno del cual la memoria no alcanza el recuerdo de la primera impresión recibida, y como la cotidiana presencia y ausencia del astro rey influyera en su imaginación en los albores de su vida, y la connaturalización de su facultad visual con la contemplación del orto y del ocaso del sol no afectara su espíritu, lo prudente es atribuir el concepto de la diferenciación a los casos concretos en que satisfecha una necesidad opérase un cambio rápido de impresiones contrarias a las que originaron la acción defensiva; pero antes de considerar dichos casos se nos ocurre esta interrogación: ¿cuáles serían las circunstancias que infundieran en el salvaje el pensamiento de diferenciación entre las impresiones sensoriales y las sentimentales? Difícil sería indicarlas en razón de que su número está en proporción con los múltiples incidentes que se relacionan con la vida, no obstante si hacemos desfilar por nuestra

imaginación las pequeñeces concomitantes con la existencia infantil no habría mucha exposición en presentar uno o varios rasgos típicos de pura inocencia en que la energía se manifiesta merced al desarrollo anatómico del cerebro, pero es preferible, en tesis general, referirse al proceso de las existencias afectivas o repulsivas que evidencian el despertar de las pasiones, tan palpitantes en el niño como en el adolescente.

III

Cuando el ser racional surgió a la vida heredó los instintos propios de la animalidad, pero como su conformación corporal que por razón de la selección natural estaba mejor organizada permitía a las facultades instintivas extender su actividad por las exigencias de nuevas necesidades, de ahí el que las propensiones de los irracionales al ser imitados por el hombre sufrieran modificaciones hasta llegar a adquirir la distinción que imprimió a sus costumbres cierto tono de racionalidad, pero hay que reconocer como factor poderoso de esas modificaciones, a la inclinación manifiesta del hombre primitivo en proporcionarse el acercamiento hacia sus congéneres aguijoneado por el instinto de sociabilidad, instinto que a no dudarlo contribuyó conjuntamente con una

excitación afectiva a la formación del hogar, perdurable siempre que el sentimiento de fidelidad prevaleciera en las relaciones recíprocas de los consortes.

La atención materna para con sus vástagos parece derivarse del origen de la fidelidad, porque en verdad, ¿qué explicación puede darse a esa consagración constante, a esa solicitud esmerada, a esa lealtad instintiva, a ese celo desinteresado, a ese desprendimiento espontáneo, a esa asídua protección de la madre para su hijo que no se contraiga a las consecuencias subordinantes del ser para con su íntima naturaleza dual que le impulsan a esas acciones que entrañan ideológicamente bastante analogía presentan similitud y acusan sinonimia con el concepto general que se atribuye a la idea de fidelidad?

Los sentimientos afectivos que nos inspiran nuestros semejantes no pueden sustraerse a la influencia de la fidelidad que predispone a la confianza en el amor, cariño, afecto, satisfacción, consideración y respeto.

Los rasgos loables sobre todos aquellos que emergen de las virtudes cardinales cuando se obra reflexivamente como en la Prudencia, o se otorga a cada quien lo que le pertenece como en la Justicia, o se esfuerza en dominar el temor y alejar los riesgos como en la Fortaleza, o se morigeran o moderan los

sentidos subyugándolos a la razón fortalecida como en la Templanza, ¿qué son si no consecuencia de la virtud moral, hábito adquirido de proceder conforme a la bondad de la razón natural, que es destello inmanente auxiliador de nuestras facultades para apreciar la ley del contraste, diferenciar sus elementos y establecer las categorías? No subsistiría un hábito de tal trascendencia a no ser por la fidelidad del ser acatando y cumpliendo las exigencias de su naturaleza dual compendiada en sentimientos y sensaciones que conforman la vida del hombre, siempre afanándose en la pretendida adquisición de la fidelidad soñada que ha sido y es y será en la tierra tan relativa ayer como hoy y quizás también como mañana.

En los orígenes de toda ciencia existe siempre el misterio o la dificultad de descubrir el último y aparente indicio; pero el investigador adquiere con su perseverancia hasta el límite permitido por la naturaleza un conjunto de detalles que le capacitan para formular su teoría estableciendo sus hipótesis; pero si el hombre de ciencia guiado por su optimismo, asesorado por el prurito egoísta o por cualquier otra causa no advierte que sus adquisiciones carecen de la consistencia necesaria para fundamentar su teoría y desafiar temporalmente la crítica, su labor será ímproba y quedará relegada su hipótesis al montón del olvido; algo parece acontecer desde que el

hombre se dió a la tarea de investigar el origen de la ciencia moral y lo prueba el hecho de las diversas escuelas que se disputan la supremacía, pero que no han alcanzado en definitiva ninguna de ellas, bien que en nuestro concepto tengamos como más aceptables aquellas escuelas que no invocan una cualidad, propiedad o condición exclusiva de un grupo para proclamarla y sustentarla como norma de la conducta general, o para explicarnos mejor: desconfiamos de toda teoría moral que haga proceder el germen de sus principios de una cualquiera de las acciones humanas en la que no concurren como fuerza generalizadora una condición inmutable y característica de la esencia inmanente del ser, o más explícitamente: nos entusiasma que se proclame fuente de la moral una cualidad que se corresponda antonómica o antitéticamente con otra porque sospechamos que la condición radical que debe preceder al origen de la moral no debe circunscribirse a una de sus propias expresiones; creemos que sería más natural referirla a una manifestación general de la constitución psicológica inherente al ser que satisfaga aquel enunciado; verdad es que lo absoluto de la proposición la hace conceptuar de utópica, pero ello no obstante hay que recordar que siempre, tanto en el campo de la ética como en el de la metafísica, como en el de la psicología, etc., etc., van ensanchando sus horizontes y lo que hoy se considera

paradójico mañana cae bajo el imperio de la ciencia y se convierte en realidad.

Al considerar el don de la fidelidad como generadora de la moral, nos guía el interés de aproximarnos lo más posible al límite entre lo racional y lo irracional y ser consecuentes con la teoría de que la fuente o el núcleo de aquélla debe estar vinculado en una cualidad o propiedad inherente a la condición general del hombre, bien que por causas incomprendibles de las leyes que rigen la vida convengan también a los irracionales en las etapas de su larga evolución selectiva hasta su última transformación zoológica.

La fidelidad se advierte en los animales en general, por una insistente propensión fisiológica de acercamientos afines, lo cual parece obedecer a una ley de atracción instintiva, modificándose en el hombre merced al influjo de la racionalidad y aparece en el salvaje a modo de cordialidad innata como indicadora de la inutilidad de los seres sin reciprocarse, requisito indispensable para que los hombres se relacionaran hasta adquirir el hábito de vivir en comunidad, condición que contribuyó poderosamente a que germinara en el espíritu de los asociados el sentimiento de la solidaridad, base de toda sociedad organizada cual que sea su aspecto y la época de su constitución.

IV

Conceptuando a la fidelidad como eje de la filosofía moral quedaría de antemano descartada la hipótesis de la maldad como una connaturalización del ser humano, por cuanto el acercamiento mutuo tiene por característica concurrente cierta identificación ya de sensaciones, ora de sentimientos, y cuando en la índole de los actos humanos se refleja la tendencia a la sociabilidad denunciadora del principio de confraternización, es evidente que la idea de la maldad puede y debe descartarse de todos los procedimientos que se emplean para corresponderse, y aun cuando se conjetura que tales acercamientos habría que relacionarlos entonces con el deseo de cada quien, no por eso dejaría de prevalecer la fidelidad como el primer elemento impulsor, porque ella sería siempre la garantía fundamental implícita que haría perseverar cualquier acercamiento entre los hombres por la asídua observancia de lo que se habían obligado a cumplir. Puede ser que en el caso vaya incluido el interés, pero como al particular se sobrepone el de la comunidad, claro está que el interés colectivo persuade a despojarse del propio, lo cual revela un principio de fidelidad hacia el fin general que se persigue.

Sospechamos que cualquiera acción del salvaje contrayéndose a su defensa fué precedida por un

impulso de fidelidad ya que el instinto de conservación no es si más que la consecuencia inmediata del amor a la vida y esa inclinación a prolongar la existencia se explica por el constante alejamiento de aquello que le produjo impresiones perturbadoras contrarias o distintas a las que anteriormente habría experimentado, resultando de tal discrepancia lo que es sencillamente natural, que se resguardase o precaviese de lo que influyera en él de modo extraño evitando así lo desapacible que es siempre desagradable a los sentidos; ¿no es, pues, esta facultad de la defensa una idea innata que al exteriorizarse en hechos reviste todo el carácter de fidelidad para con las leyes que rigen la conservación de la especie? Nada tiene, pues, de aventurado el proclamar a la fidelidad como condición de índole innata, propia de todas las especies que constituyen el reino animal, porque aun descendiendo a la escala microbiana puédesse constatar que la homogeneidad es la que hace avecinar y establecer colonias y núcleos que son otras tantas agrupaciones, demostrando así que la vida aislada, retraída o apartada, son estados que no concurren a la gran obra de la naturaleza en su maravilloso desarrollo evolutivo, ¿y no se podría, en el caso de la homogeneidad, concederle, aunque demasiado sutilmente, cierta relación con la fidelidad en su último grado de reversión? La negación absoluta no se aviene dentro del campo fenoménico donde caben cuantas hipótesis con-

vengan con el principio, y el principio en este caso es el de la incesante actividad que engendra por medio del arrimo inmediato la vida de los diferentes elementales que concurren a la formación de las especies.

V

Si hemos extendido nuestra tesis hasta los confines del misterioso y aparente origen de la vida animal, no nos mueve otro interés que el perseguir con el poderoso auxilio de la investigación, el fundamento lógico que debe concedérsele a la condición general en que presumimos debe descansar la base de la filosofía moral, no obstante que a ello nos conduce también la consecuencia que guardamos para con el criterio que venimos sustentando respecto de la naturaleza o carácter que debe prevalecer en la cualidad esencial que se proclame como el alfa de esa misma filosofía.

Quizás alguien observe que la generalización que concedemos al concepto de la fidelidad invada el campo de la biología al pretender hacerlo extensivo más allá de los límites psicológicos de la racionalidad traspasando los linderos de lo irracional, hasta abarcar la última y más incompleta forma del animal microorgánico con que la naturaleza se manifiesta en la organización de sus diferentes elemen-

tos los que de un modo constante se eslabonan de escala en escala, de especie en especie, de familia en familia y de grupo en grupo. Es razonable que toda indagación científica se contraiga en sus búsquedas a seguir el mismo plan de la naturaleza si se quiere alcanzar la verdad aunque ella no puede simplemente contraerse al ser pensante, por cuanto que en el acercamiento, reciprocidad, y hasta en cierta solidaridad que se observa entre los diferentes animales de la creación, nótase claramente que el principio de fidelidad juega un papel demasiado importante y que aun cuando a las conglomeraciones microbianas no se les pueda conceder ninguna relación de intención en sus expresiones vitales o de magnetismo o bioquímico, tal fenómeno impresionada la razón con la idea de que la ley de asociación por su fuerza atractiva surgen de dondequiera que el esfuerzo por la conservación de la vida se traduzca por una actividad cualquiera, aunque se le designe con diferentes nombres de conformidad al medio en que actúa.

Creemos haber dilucidado hasta donde nuestras facultades comprensivas nos lo han permitido el punto que se contrae al origen de la fidelidad haciéndola surgir de entre las oscuras y sombrías lejanías de la vida microorgánica, bien que al remontarnos hasta esas dilatadas regiones, oscuras e intrincables, persigamos el propósito de alcanzar el grado

óptimo de las manifestaciones útiles, las cuales, traduciéndose en sentido vulgar, pueden apreciarse como excitaciones que pugnando por la existencia, buscan con afanoso acercamiento la prolongación efímera de ella, permitiendo por analogía calificarlas como el más pretérito indicio de cooperación entre los animales inferiores.

Concluimos estas disquisiciones convencidos de que la teoría del origen de la moral descansa en el concepto ideológico de la fidelidad porque en esta expresión innata del ser en general hállase vinculado el sentimiento del amor como genitor de la felicidad humana. Cuando el hombre principió *a ser adulto de razón* alejándose de la animalidad y despojándose de sus instintos brutales aquella expresión innata influye constantemente sobre todas las acciones de la vida de relaciones y tales actos están caracterizados por una simpática tendencia hacia algo que no está reñido con su sensibilidad y que nosotros calificamos de inclinación benéfica.

Terminamos aseverando que sí existe fundamento científico de la moral porque tanto la biología como la psicología lo denuncian; que las ideas de mérito o demérito son la resultante de las apreciaciones doctrinarias de cada época y que por tanto no pueden ser absolutas; que en el actual momento psicológico del mundo las ideas respecto de la moral sufren las influencias perniciosas del asfixian-

te medio ambiente y que del agotamiento que provocara ese morbosismo social, surgirá incontestablemente el equilibrio moral cimentado sobre las bases de la felicidad bajo la pluralidad de aspectos que ella posee.

Capítulo IX

EL DOLOR FISICO Y EL SUFRIMIENTO MORAL

I

Cuando el hombre surgió a la vida de la naturaleza no le habría sido posible desde los primeros momentos de existencia apreciar la superioridad sobre sus coetáneos los irracionales; a no dudarlo él fué adquiriendo nociones de su preeminencia a medida que vencía los obstáculos que estorbaban la impulsora excitación provocada por las impresiones sentidas; ¿pero cuáles serían las primeras contrariedades que experimentaría el hombre? ¿A cuál de las dos categorías habría que concederle la prioridad en el tiempo, a las sensaciones o a los sentimientos? Estas interrogaciones nos llevan al punto primordial de la triple actividad innata que informa la individualización humana en su primitiva infan-



cia y que está constituida por una serie de acciones circunscritas a estas tres necesidades: defensa, alimentación y propagación, si bien que en la primera, dada su amplitud, podrían hasta quedar incluidas las otras dos a no estorbarlo la diferencia de impresiones, ya que las que se contraen a la segunda y tercera siempre se distinguirían por el aspecto sensitivo inherente al ser fisiológico, de ahí el que pretendamos conceder a la necesidad de la defensa una mayor trascendencia en las cuestiones que atañen a la fidelidad, porque bien comprendido el objetivo práctico del amor a la vida no es otra que el de procurarse los medios eficientes para la prolongación de ella, es decir repeler todo lo que puede ser causa de un desequilibrio de ella alejando la muerte y en esta inclinación instintiva va implícitamente ejerciendo su influjo una constante propensión de conveniencia para consigo mismo, lo cual es en síntesis una expresión de fidelidad.

El recién nacido llora por hambre, dolor o porque su cuerpecito es presa de alguna alteración que se puede atribuir bien a fenómenos atmosféricos, tales como el calor, el frío o el enrarecimiento del aire, ya a molestias causadas por una posición que no corresponda a su naturaleza de forma y tamaño; todos estos motivos caen bajo el dominio de las impresiones sensitivas y por tanto en esa época de su vida nada se sucede que no tenga aspecto fisiológico, lue-

go en el recién nacido que es un irracional hasta cierta edad no se observan tonalidades psicológicas bien determinadas, pero es en él donde se notan los primeros casos de contrariedad denunciados por el llanto; singularmente estos casos son como una consecuencia, un influjo hostil al estado natural, lo que equivale a una sensación; luego en el niño se verifican todas las condiciones de los enunciados correspondientes a las interrogaciones anteriores sin que la más ligera expresión sentimental pudiera sospecharse. ¿En qué época, pues, habría que sorprender un rasgo cualquiera en el niño que revisitiera la condición de espiritualidad? Es tan compleja la cuestión que parece imposible determinar con precisión la primera emotividad en la psicología infantil, porque es mucho aventurarse al pretender distinguir en esa tierna edad las categorías de las expresiones, en virtud a que la indeterminación de éstas en la época de la lactancia y aún mucho tiempo después, ofrecen casi todos los caracteres de impresiones sensoriales, a pesar de que el motivo de la reciprocidad entre el niño y la madre o la nodriza, y después entre él y el padre o los familiares, responde al estímulo de la fidelidad. Siempre se observa cuando esa reciprocidad adquiere con el tiempo mayor intensidad con relación al grado de atractividad potencial de las vibraciones psicofísicas entre el niño y los que le rodean, una serie

de relaciones mutuas que originan la gama de las expresiones afectivas, tales como la inclinación, confianza, simpatía, cariño y amor, que no pueden interpretarse sino como manifestaciones psíquicas en las cuales la preponderancia de la fidelidad como energía radiopática ha dejado sentir su influencia, pero repetimos no es en el párvulo hacia donde deben concurrir nuestros esfuerzos para coordinar definitivamente las relaciones entre las múltiples modalidades del alma, pues concíbese que la plasticidad de su cerebro que es el órgano de aquella no permite un amplio funcionar.

A medida que el desarrollo va fortificando al niño fisiológicamente, la mentalidad adquiere vigor para robustecer la función intelectual, las actividades afectivas y morales, y comienza a esbozar los rasgos de la personalidad y el yo surge indefinido pero tendiendo a dirigir con su propio esfuerzo su dualidad hasta que es completo el ejercicio pleno de la triple expresión potencial que integra el ser anímico: el entendimiento, la memoria y la voluntad; en esa época de la vida es cuando se puede principiar el estudio de la clasificación de las impresiones categorizándolas en dos grupos nominados sensoriales y sentimentales, porque ello nos conduce racionalmente a una aproximada diferenciación de estados que corresponden al ser humano en sus dos aspectos, y si bien es cierto que esa división quizás

no resuelva tan satisfactoriamente como es de desearse el problema de la determinación limitativa entre las acciones de ambas actividades, tiene al menos la ventaja de hacernos entrever la relación entre las causas y los efectos, juzgando las emotividades, apreciando el origen y clase de las impresiones y dándonos cuenta también de que la característica de perfectibilidad es inherente a todas las condiciones que conciernen a la vida general del ser, y por eso la fidelidad que tiene en sus primeros momentos impulsión de sensacionalidad adquiere a medida que el hombre va alejándose de la animalidad por el desarrollo mental, la expresión de sentimiento en su marcha evolutiva que tiene gran analogía con la cualidad instintiva progresando inteligentemente hasta llegar a la racionalidad.

Cuando el niño principia a sentir la influencia del mandato en esas nimiedades que engendra el amor materno obedeciendo a las cariñosas insinuaciones de aprendizaje de alguno que otro gesto de graciosa infantilidad, preséntese que la imitación al adquirir el carácter de hábito conlleva un principio de subordinación que alcanza a la costumbre, a la obligación y al deber, la cual dejaría de ser tal si no la considerásemos como una manifestación de la fidelidad influyendo virtualmente sobre la naciente personalidad que en breve irá adquiriendo simultáneamente la certidumbre de su vida positiva,

hasta llegar a la comprensión de la vida moral en sus relaciones domésticas y sociales, como antecedentes de la otra vida a la que todo el mundo aspira, pero que no todos se preocupan, preparándose aquí en la tierra con el caudal de virtudes que le han de servir para alcanzar la recompensa futura en la próxima morada espiritual. No es necesario advertir que el acto de subordinación se verifica con el concurso de la voluntad y la memoria en ciernes, pues es imposible la imitación sin la concurrencia de esas dos facultades que dilatan el horizonte de su energía casi simultáneo o conjuntamente con la expansión del entendimiento, hasta adquirir su grado máximo o sea hasta donde lo permitan las condiciones de la cerebración, tan complejas y misteriosas. La subordinación infantil puede considerarse como consecuencia de un mandato en el cual el subordinado ejecuta un acto, pero que la ejecución puede integrarla bien una reciprocidad radio-pática ya una influencia dominante. En el primer caso habría que considerarlo como un modo de la espontaneidad y el segundo como a uno de la sumisión. Ahora bien: respecto de esta última hay que sospechar que ella entraña una conformidad determinada por dos estados psíquicos; el uno de simple advenimiento y el segundo de obediencia obligada, y que cuando la determinante de la conformidad se contraiga al segundo caso, entonces es lógico su-

poner que el niño haya experimentado la impresión de contrariedad, que en cualquier momento se manifiesta por una explosión de resistencia; ese momento denuncia en la edad infantil el primer esfuerzo de la voluntad y parece iniciar el proceso de las alternativas sentimentales con sus diferentes categorías, porque si reflexionamos sobre el carácter de la impresión que afectara al niño inclinándolo al rechazo de lo que se le insinuaba, seguramente habría que atribuir tal acto a antagonismo de las recíprocas vibraciones influyendo en el espíritu del niño hasta el extremo de exasperar su voluntad, traducida en un rasgo de rebeldía que bien pudiéramos considerarlo como el primer brote del sentimiento de libertad que es innato en el hombre durante su permanencia en este mundo de expiación. Meditando sobre la rebeldía que produce la contrariedad, llegamos a la conclusión de que ella es causa de una perturbación accidental armónica de la función espiritual que no es constante y continuada porque entonces sería una condición del alma que su modalidad de intermitencia es un estímulo de la memoria por el recuerdo de la provocación; que bien interpretada reviste un síntoma inequívoco de sufrimiento, lo cual nos induce a pensar que en la esencia que caracteriza a las innumerables contrariedades que afectan al alma está integrado el dolor moral con su invariable persistencia y tonalidad, inte-

rrumpiendo el curso armónico de la vida psicológica, y por eso desde el simple esfuerzo que hace el niño rechazando las insinuaciones de la imitación u otro móvil cualquiera que persiga el insinuante, hasta el desgarrador y triste espectáculo de la separación de un ser, ¡está el dolor, siempre el dolor fustigando al hombre! el dolor aún más recóndito, intenso, desesperante, cuando en íntima conexión con los sufrimientos físicos, entristece, desconsuela, desespera, debilita hasta alcanzar con su pavoroso cortejo de sorprendentes anomalías, la muerte del cuerpo.

II

En presencia de un dolor cualquiera, pregúntase el hombre ¿por qué la vida no puede existir sin los sufrimientos que la asedian constantemente? ¿Por qué no eliminará durante la existencia toda causa de mortificación? Por qué, en fin, no perdura hasta el momento de la muerte la paz del alma y la salud del cuerpo? ¡Ah! ¿creéis qué la Sabiduría Divina no ha puesto al alcance del hombre los elementos antagónicos al sufrimiento? ¿Creéis qué Ella, en su altísima comprensión dejará de preveer que la individualidad como especie y la personalidad como estado habrían de sufrir el influjo de las leyes del progreso la cual en cada uno de sus modos de manifestación evolutiva tiende a destruir modi-

ficar o crear las actividades del organismo físico o las formas y expresiones espirituales? No. Pensad que así como en las leyes de la mecánica celeste los sistemas que pueblan el firmamento merced al equilibrio majestuoso de la atracción universal no cabe suponer que esa mecánica de los mundos funcione continuamente rítmica y armónica sin perturbaciones que afecten ese automatismo del ingente movimiento estelar, así la vida del hombre está expuesta hasta el término de su ciclo biológico como anímico a la acción de algún influjo que le produce esas intermitencias que solemos llamar sufrimientos; pero pensad también que en el misterioso arcano que encierra la existencia humana, hay algo extraordinario fulgurando con resplandores vivísimos que la ha guiado por el abrupto camino de las vidas pretéritas al través de los tiempos, y le orienta por los oscuros laberintos del sendero que ha de conducirle a su felicidad futura; esa luminosa irradiación, es el espíritu, chispa divina que hace del hombre el ser inteligente por excelencia, con la que ha adquirido el gran caudal de conocimientos arrancados a la naturaleza, legándolos de generación a generación hasta establecer con ese conjunto de adquisiciones el fundamento de cada una de las ciencias que constituyen el saber humano. Si, las ciencias, no os apartéis de ellas, confiad en todas esas condensaciones de la labor en que se revela la Altísima Sabiduría;

y en lo que atañe a la salud del cuerpo y del alma se distingue siempre la Bondad Infinita con su misericordia divina, derramando mercedes sobre la humanidad doliente cristalizadas en el esfuerzo de los que nos asisten en nuestros momentos de aflicción cuando proporcionan un lenitivo para aliviar nuestros dolores y un consuelo para fortalecer nuestra alma! Y es así como la Sabiduría Divina coloca al alcance de los moradores terrestres la panacea que ha de hacer menos intensos sus sufrimientos, ya que es imposible en este mundo de pruebas encontrar la absoluta conformidad, realizando nuestros deseos y aspiraciones.

El dolor adquiere mayor intensidad y más se generaliza mientras menos se esfuerce el hombre en comprender que las contrariedades que lo originan provienen en parte de su despreocupación e improvisación y de la ignorancia en que vive acerca de los medios a que necesita recurrir para la prolongación de su vida y en parte a su absoluta dejadez al no interesarse en las cuestiones que se relacionan con su espiritualidad. En el primer caso hay que tener presente que el factor herencia influye en la morbosidad de la vida fisiológica y que la profilaxia unidos a otros medios de que dispone la ciencia son poderosos preservativos contra las enfermedades, y en el segundo es necesario que el hombre se convenza de que el espíritu que anima a su cuerpo tuvo como

éste sus antecedentes que son formas de evolución modificadoras que por circunstancias variables han podido o no obedecer a la tendencia de perfectibilidad que es inmanente a la esencia espiritual, luego cuando la humanidad se compenetre de esas verdades apreciará mejor la razón del dolor y comprenderá que mientras más progrese estará en mejores condiciones de defensa, la que conlleva en toda ocasión la idea de la fidelidad como precursora natural de las acciones que impulsan al hombre a ser consecuente con su misma vida luchando porque el alejamiento de aquella constituye un obstáculo a su salud física y espiritual.

La salud física perdurando sin tener en cuenta la herencia hasta las postrimerías de la vida terrestre aparece como una utopía dado lo inconcebible de que el cuerpo humano de suyo tan complejo y frágil pueda siempre defenderse de las causas ocasionales o fortuitas capaces de interrumpir su estado normal fisiológico, además, de que su materialidad, tan deleznable en su consistencia nos mueve a pensar en las contingencias a que se halla expuesto el equilibrio de su organización generado en fuerzas de las combinaciones bioquímicas que tantas desconocidas influencias pueden afectarla; así es que siendo tan enigmática la acción reguladora que sostiene la correlación de los elementos que integran la vida vegetativa, es inútil pretender un procedimiento

general capaz de prever o evitar cualquier proceso germinatorio de degeneración o anomalía que originen trastornos en la salud; en presencia de semejante imposible no se debe aspirar al goce perenne de un privilegio tan ansiado por el hombre, conformándonos con la eficacia de la ciencia en determinados casos y convencernos de la impotencia de la voluntad escrutadora en aquellas cuestiones que se relacionan con la esencia de las cosas, pero nunca jamás perder la esperanza en la Infinita Bondad, que nos ofrece la gracia de la bienaventuranza en la otra mansión cuando en esta hayamos cumplido la misión que nos impone nuestra condición de racionalidad ciñendo nuestros actos a los preceptos de la ley moral que es salvaguarda de la salud espiritual.

Hemos dicho anteriormente que la imitación en el niño al adquirir el carácter de hábito conlleva un principio de subordinación que alcanza a la costumbre, a la obligación y al deber; pero en síntesis la mímica que ejecuta el niño es en virtud de una exigencia que aunque cariñosamente insinuada cuando no se adviene a ella, su voluntad tanto como la del mandante se siente cohibida y entonces se establece una recíproca corriente antitética que en el niño se resuelve en llanto, y en el insinuante, por razón del cariño, en tristeza o remordimiento; pero como el llanto es también un desahogo del alma cuando es consecuencia de una causa moral, infié-

rese un sentimiento adverso a su normalidad, puesto que la ha perturbado, hecho evidenciado, del modo más conmovedor, por las lágrimas, y, ¿acaso no es dable considerar que esa singularísima emotividad excluye toda presunción que no sea la de la expresión transitoria del sufrimiento moral? Tarea ímproba sería esforzarse en conceder a otro estado pasajero del espíritu una manifestación de tal naturaleza, ya que el llanto es obligada consecuencia del dolor físico o moral, pues aunque el vulgo atribuye a las lágrimas que en ocasiones se vierten en un momento de rebozante alegría, no hay que titubear en aceptar que ellas provienen de que la conmoción placentera que se experimenta es tan poderosamente intensa, que adquiriendo el máximun de su amplitud causa una rápida inmutación que se revela accidentalmente por un signo de excitación dolorosa.

III

La imposibilidad de que la humanidad pueda substraerse en absoluto a los sufrimientos inherentes a la vida, es causa de que el hombre suela a veces rebelarse contra su propia existencia y en oportunidades hasta con el mismo Supremo Hacedor, pero esa conglomeración de razas no es la culpable de sus gestos de insubordinación, de soberbia o de desesperación, ni de los gritos de su ignorancia, irguién-

dose y protestando contra lo inexplicable del misterio de la vida y sus contrastes, no, no es a la muchedumbre ignara, incrédula, a la que habría que culpar; más acreedores son a la censura y al juicio severo de sus predecesores aquellos hombres que por su saber y condiciones morales habrían podido indicar a la humanidad el derrotero feliz, haciéndole comprender que desde el Hogar hasta la Escuela hay imprescindible necesidad de robustecer la educación intelectual con la cooperación de los hermosos principios de la Moral y la Religión, sin los cuales el hombre carecerá del auxilio poderoso que ellos ofrecen en los difíciles trances a que irremediablemente está expuesta la vida, y sobre todo en esos aciagos momentos en que la tortura del sufrimiento les hace perder el equilibrio de su voluntad y se entrega incautamente a las más abominables prácticas del error, ajeno por su ignorancia a las eventualidades y contingencias a que se expone antes de rendir su tributo a la madre tierra, aun después de la otra vida, al reflexionar que su incredulidad y pauperismo moral sean la causa de su atraso espiritual. Se impone, pues, a los padres, el observar cuándo y cómo y por qué es oportuno contrarrestar las inclinaciones que a su juicio ejercieran en el núbil influencias contrarias a los sanos principios de moral, sin olvidar algo que es de importancia capital: que al espíritu y al cuerpo no se les debe atribuir exis-

tencias coetáneas, por cuanto el origen del primero se pierde en la lejanía de sus antecedencias e ignoramos su término final, mientras que el segundo cae bajo el dominio de la vida en sus dos culminantes momentos: el nacimiento y la muerte, que por tanto es necesario percatarse de que el órgano o instrumento del alma en el niño dada su reciente conformación no permite al espíritu su expansión total y que por otra parte esa misma conformación puede ser anatómicamente defectuosa entorpeciendo el desarrollo de las facultades psíquicas. Lo expuesto no empece para que la tarea directora de los padres se desenvuelva dentro de los límites de la más acertada prudencia; circunscribiendo los actos domésticos a la más efusiva cordialidad afectiva; interesándose en que la curiosidad infantil no se aperciba de las quimeras conyugales; estimulando el interés del pequeño en todo aquello que le sea provechoso para su educación; observando cuidadosamente sus inclinaciones para dirigirlas en el sentido más conveniente a su futuro bienestar; enseñándole tempranamente a discernir sobre la maldad y la bondad, lo provechoso y lo útil, lo bonito y lo feo, lo hermoso y lo raquítico, lo ancho y lo largo, lo alto y lo bajo, la verdad y el error, lo honesto y lo impúdico, lo honrado y lo vituperable, y en fin explicándole según las circunstancias y su alcance mental las diferencias entre las virtudes y los vicios y el por qué aquellas

son recomendables y los segundos son viturables, y cuando los padres no sean por desgracia aptos para una labor tan plausible toca al maestro en su carácter de mentor empeñarse en ella. Ahora bien: ¿qué necesidad hay en dirigir al niño si su espíritu por ser anterior al cuerpo debe tener por razón de su edad conocimientos de esas nociones y tendencias propias que las dirigirá al capricho de su voluntad tan oportunamente como le sea permitido por sus condiciones fisiológicas? Nadie discute esas adquisiciones, pero el hecho positivo de albergar nuevamente, comprueba que aún no está adquirido el acervo de sapiencia y virtudes que le hacen acreedor al goce de exención de esa ley misteriosa a la cual está subordinado durante un larguísimo período circunscrito a las múltiples alternativas de vidas terrestres y espirituales, luego al retornar a la vida planetaria trae consigo sus defectos e imperfecciones, y de ahí la obligación en que están los padres o los maestros al observar temprano las inclinaciones del niño para encauzarlas por el recto sendero de la virtud ;Al contrariar la tierna voluntad del niño aun en el caso más sencillo, cual es el del natural deseo de celebrar los mímicos gestos, balbuceos graciosos del hijo exigiéndole la reanudación, aún en este caso repetimos, vislumbrase tanto en la temeridad paternal cuanto en la rebeldía del niño, la fidelidad: 1ro. en el amor paterno que en fuerza de la circuns-

tancia por satisfacer su vanidad de padres, hace esfuerzos en patentizar las gracias de su pequeño; 2do. en la actitud defensiva del niño rechazando la influencia extraña sobre su libre albedrío aun en ciernes, para no plegarse a insinuaciones contrarias a su esencialidad independiente. Hemos visto que el sufrimiento moral se determina por una causa que interrumpe la armonía espiritual en el niño y creemos que tal fenómeno es siempre y en toda época de la vida el mismo que afecta al adulto en sus inclinaciones, deseos y aspiraciones y que por tanto, las contingencias que contrarían a la voluntad infunden en el alma el desconcierto que abate al hombre en la consecución de los fines de propia satisfacción y le lleva a buscar el consuelo más allá de los límites de la existencia humana!

Hasta aquí hemos externado consideraciones sobre la conciencia; el origen de la moral como independiente de toda causa que se relacione con el convencionalismo humano; el origen del dolor físico como resultado de la íntima condición de la materia; el origen del sufrimiento moral como consecuencia de la alteración pasajera o permanente de la armonía espiritual provocado por agentes autogénicos al deseo y a la voluntad, pero no hemos discernido sobre el bien y el mal como alternativa a que el hombre está expuesto durante el período de su existencia terrestre.

Capítulo X

I

EL BIEN Y EL MAL

La noción del bien, como idea universal, no se puede circunscribir a los determinismos filosóficos que cada escuela haya podido inventar para socorrer la concepción de él, porque su condición de simplicidad y generalidad no conviene en absoluto con ninguna de las ideas que esos determinismos expresan.

La primera reflexión que se nos ocurre cuando de la idea del bien se trata, es aquella que se deriva de la curiosidad de saber de dónde emana el bien, qué es él y qué alcanzamos con él; cuestiones éstas que la inteligencia siéntese perpleja en resolver porque tiene una íntima relación con esta otra todavía de mayor trascendencia: ¿con qué fin hemos venido al mundo? Ya que una vez orientado el pensamien-

to sobre la finalidad del hombre en la tierra, sería menos difícil establecer o cuando menos indicar la norma que habría que observar para llegar al término de su vida sin violentar la ley determinante de esa finalidad; pero como las diferencias de razas inclinan a pensar que el hombre vino al mundo casi en las mismas condiciones de vida fisiológica que el irracional, es decir, con necesidades de defensa, nutrición y propagación, pero que en virtud a cierta superioridad de estructura anatómica capaz de permitir la expansión de su energía anímica, fué adquiriendo poco a poco la capacidad de recordar las sensaciones que merced a sus sentidos había recibido, siendo ello indiscutiblemente indicio del despertar de su razón. Claro está que desde esa época primitiva que se pierde en la oscuridad de los tiempos hasta hoy, ese recorrido tan largo que ha hecho al hombre adquirir por medio del estudio el alto rango de sabiduría que le impele a investigar y descubrir nuevas verdades en el extenso campo de la ciencia, ¿y acaso se ha obtenido con ese adelanto científico la certidumbre respecto al papel que desempeña el hombre en este mundo? Tal vez, pues, el acervo de los legados de generación en generación que son los antecedentes generales de la historia de la humanidad, nos lleva a esta conclusión que no satisfará quizás el anhelo mundial: ¡Qué el progreso del espíritu es la única verdad palmaria de la finalidad del

hombre en la tierra! Pero, cómo se entiende el progreso del espíritu? ¿Se contrae a la adquisición de un hermoso conjunto de lo que llamamos virtudes, o se refiere a la posesión de un gran caudal de lo que aquí se conoce por sabiduría? El hombre sabe que la muerte es inevitable; que en la lobreguez del sepulcro yacerá aquello que fué su cuerpo sometido a la ley de la desintegración; que la tumba es la gran niveladora de las categorías y que cuando en los momentos próximos a su partida haga el recuento de los actos de su vida y los someta a la sanción de su conciencia para juzgarlos, entonces el remordimiento o la satisfacción que son abstracciones antagónicas que condensan las acciones de su efímera existencia infundirán en su alma el sentimiento de pesar o de alegría que influirá en su porvenir espiritual; que sea o no ilustrado, irremisiblemente el recuerdo del pasado se reflejará en su memoria con los indelebles coloridos que dieron tono y luz a los múltiples accidentes de su vida; que sea o no ilustrado, imprescindiblemente contemplará con los ojos de su indignación los cuadros alternados que integraron la historia de su vida moral, desfilando por ante el tribunal de su conciencia; que sea o no ilustrado, siempre sentirá en su lecho de muerte la angustia de la inconformidad por sus proceder apasionados o injustos, o las fruiciones de la infabilidad por sus actuaciones nobles y desinteresadas. No, el

progreso del espíritu no consiste únicamente en los conocimientos intelectuales que nos conducen a la conquista de la sabiduría; hay algo más que nos garantiza la futura felicidad espiritual.

II

¿Cómo se las averigua el hombre primitivo para establecer distingos o diferencias propias a las dos fases con que se nos presenta la idea del contraste, ya que su ignorancia supina no podría circunscribir al conocimiento de la razón semejante fenómeno? ¡Ah! es que las sensaciones o sentimientos que producen las impresiones en el ser se verifican con anterioridad al cuadro cronológico de la inteligencia, y en virtud de un desequilibrio transitorio que afecta el orden armonioso preestablecido por la ley misteriosa que rige la vida hominal, así es que cualquiera sensación por insignificante que sea afecta al cuerpo fisiológico y determina simultáneamente en el alma un desacorde súbito en la rítmica de la función pensante con la ideología del dolor o del placer, y así también cualquier sentimiento que impresione directamente la energía anímica; luego, en síntesis, todas las impresiones concurren mediata o inmediatamente influyendo en la esencia volitiva del alma por expresiones fenoménicas que el convencio-

nalismo humano conceptúa de alternativas de la voluntad, bien en un sentido o en otro, ya satisfaciendo su querer o deseo, ora experimentando contradicciones, y es en esto en lo que consiste a juicio nuestro el origen del bien o el mal moral subjetivo, bien que no siempre puede conceptuarse como un mal colectivo aquello que tuerza la voluntad individual o como un bien aquello que llene de satisfacción y contento a un particular o viceversa en ambos casos.

La noción del bien en el innato sentimiento de la fidelidad es ingénita en el ser por cuanto le impulsa a buscar a sus semejantes como necesidad de su vida para que no le sea intolerable la existencia, sin compañeros, sin amigos, sin conocidos, porque el aislamiento, el retraimiento, la reclusión, son estados incompatibles con la sociabilidad, la evolución, el progreso, y pues el hombre por impulso natural se inclina al acercamiento de sus convivientes, buscando y solicitando la captación del beneplácito, confianza, afecto, cariño, amor, para ser ayudado, acompañado, protegido, aconsejado, ¿qué otras ideas podrían prevalecer en su instinto racionalizado que no fueran sino aquéllas que estuvieren en concordancia con la finalidad perseguida? ¿Qué pensamientos habrían ocupado su mentalidad espiritual para conseguir la obtención de lo sentido que no los orientara la innata propensión a la asiduidad,

constancia, firmeza y lealtad? ¿Y son estas concurrencias en todas las épocas de la vida del hombre los rasgos característicos de la fidelidad accionando en el sentido del bien, puesto que ellos armonizan, identifican e intensifican las mutuas relaciones de los hombres? Nada más racional y que esté en armonía con la condición atractriz innata en el ser que el conceder a las acciones humanas que se compenetran con la esencia íntima de aquella el calificativo de buenas, en razón de que cualquier tendencia de la vida de relaciones, que a ella esté subordinada implica la conformidad o conveniencia espontánea de las voluntades; pero no siempre las acciones humanas van concordantes con tales tendencias vinculadoras u otras análogas, y entonces se verifica una reacción contraria, instintiva, irracional del principio de fidelidad, surgiendo como consecuencia la antítesis del bien con su secuela de errores. Esto sucede porque los hombres quieren posponer el bienestar general al particular, subordinar los intereses ajenos a los propios, despreocupándose de las consecuencias que sus procederles ocasionaren al prójimo, sin reflexionar, incautos, que la actitud hostil del hombre contrariando los principios de la fidelidad se vuelve contra él desde el instante en que creyendo cumplir, satisfaciendo sus exclusivismos, con los preceptos de una estricta y rigurosa lealtad para consigo mismo, amengua su personalidad éti-

ca con hechos contrarios al principio que le dignifica y enaltece; pero como la humanidad ha observado y analizado todo cuanto atañe a la vida moral del hombre, aparecieron en su estructura moral dos fases o caracteres que se diferencian entre sí a las cuales denominaron egoísmo y altruísmo que bien comprendido se adaptan perfectamente a la teoría de la fidelidad, puesto que la lealtad, la constancia, la asiduidad, etc., cuando se explotan exclusivamente en provecho propio, prescindiendo de la consideración benevolencia y respeto que se debe a la sociedad, domina el egoísmo y cuando se aprovecha para beneficiar a la humanidad impera el altruísmo; así pues, toda acción que se relacione con el primero lleva impreso el sello de la venialidad, en cambio cualquier acto que se realice inspirado en el segundo se califica de bueno, por tanto aceptando la preexistencia de la fidelidad en el yo y estando incluido el bien en la idea abstracta de ella, el bien no se realiza mas que conforme y de acuerdo con la esencia virtual de la fidelidad, la cual se impone como una modalidad de la energía espiritual; luego el bien moral no puede ser considerado como un convencionalismo humano, en tanto que el mal que es susceptible de desarraigo, es culpa del hombre que se descarría del sendero de la luz que es el Bien, trazado por la mano invisible de la Sabiduría Infinita.

El progreso del espíritu no se circunscribe exclusivamente al adelanto intelectual, ya que reconociendo el bien como esencialidad del alma habrá que convenir en que él es norma y guía al cual debemos ajustar los actos de nuestra vida de relaciones para vivir en paz y armonía con nuestros hermanos los hombres, sin temer la hora del desenlace, la hora suprema en que tanto el ilustrado como el que no lo es, siente que hay algo superior que absorbe su pensamiento, que le preocupa, que le hace caer en honda meditación, que infunde en su alma una plena conformidad la hora magna, la del mea culpa, la del perdón, la de su postrer mirada al cielo en busca de la luz que irradia sus resplandores sobre la ruta nueva que presiente, y tal vez si en esa mirada se condense toda la amargura del remordimiento por no haber cumplido en la tierra como un bueno, o toda la fruición del justo que supo tolerar, sufrir y amoldarse a las contingencias de la vida!

Capítulo XI

POTENCIAS DEL ALMA

I

Hasta aquí hemos abarcado en nuestros ensayos indistintamente los dos aspectos generales que constituyen al ser humano, pues habría sido imposible aislar uno de ellos para referirse al otro en razón de la estrecha relación que existe entre ambos; pero ello no obstante, es pertinente antes de concluir esta conversación sobre las cuestiones psicológicas morales, observar las diferencias hasta donde nos sea permitido de las dos características que integran la impresionabilidad en el hombre, en virtud de su constitución dual, ya que estamos de acuerdo aceptando que la psicología es al alma lo que la fisiología es al cuerpo, y que es necesario trabajar por establecer tan distintamente como se pueda lo que a cada uno de ellos le corresponda en el campo de



sus respectivas actividades, evitando invasiones a fin de terminar con la mayor claridad sus distinciones. Abordemos la cuestión haciendo constar desacuerdo respecto al carácter *sensible* que se le quiere otorgar al alma cuando ciertas escuelas filosóficas declaran que las principales facultades de aquélla las constituyen estas tres actividades generales: Sensibilidad, Inteligencia y Voluntad, o Sensibilidad, Conocimiento y Voluntad en oposición a la que sostiene la triple potencialidad, designándolas por el Entendimiento, Voluntad y Memoria, que a nuestro parece satisfacen mejor la condición absoluta que conviene a la idea metafísica del alma porque en verdad, el proclamar a la sensibilidad potencia del alma como también a la inteligencia o al conocimiento, es atender o cuando menos tergiversar el sentido propio de su esencialidad y confundir las categorías de sus energías.

Si la condición de sensibilidad fuese propiamente una facultad del alma conceptuaríamos a ésta susceptible de sufrir las transformaciones a que la materia está sometida en este mundo; la concebiríamos como algo capaz de caducidad terrena, amenazaríamos su inmaterialidad finita; confundir la causa con el efecto ha sido motivo de la sustentación de teorías falaces que han retardado el progreso de las ciencias y en el caso especial de la sensibilidad espiritual socorrido por algunas escuelas ha

obstaculizado la categorización de las impresiones que denuncian en el ser organizado su vivificación por la energía espiritual.

El hombre en virtud de su compleja estructura fisiológica, puede decirse que representa un conjunto de los tres reinos de la naturaleza, por tanto posee en razón de su privilegiada condición las propiedades y funciones que se observan en el mineral y el vegetal, además de la que le corresponde exclusivamente por su racionalidad y que se contrae al ejercicio de facultades, entendemos que la sensibilidad no es una facultad porque no es activa; la facultad conlleva un principio de energía, y el hecho de la plasticidad sensitiva acusa pasividad, que sólo es susceptible de alteración cuando es impresionada; plasticidad que la avvicina al elemento fisiológico y la aleja y la distingue de la espiritualidad y es presumible que esto no se avenga con la idea casi fisiológica de la sensibilidad ya que las sensaciones en su rigurosa acepción sólo deben referirse a las impresiones corporales. Es una nimiedad atribuirle al alma una facultad que carece de elemento para concederle tal categoría porque adolece de la potencialidad que es energía indispensable para la función del espíritu, además es de sentido común convenir en que si reconocemos sensibilidad en el alma tendríamos que aceptar a priori esta consecuencia, que por el hecho de concebir analogías fisiológicas

entre el cuerpo organizado y el alma habría que pensar que ella podría ser atacada por los morbosismos que constituyen la patología animal. Nos inclinamos a creer que en el hombre existe en consonancia con su doble naturaleza dos condiciones permanentes que se corresponden con cada uno de ellos; la una depende de su individualización denunciada por la sensibilidad; la otra de su personalización evidenciada por la sentimentalidad; ambas son afectadas por impresiones que actúan en el ser de dos modos, en el primero por choque, contacto, fricción, sugestión, difusión, etc., llegan al alma inmediatamente, en el primero se incluye el dolor u otra causa cualquiera interior o exterior que obra sobre el cuerpo o sus órganos; en el segundo impera el recuerdo de la contemplación de una cualquiera de las escenas que a diario presenciámos o también de una idea cualquiera que embargue el pensamiento. Si se consideran los actos del alma como abstracciones no se debe considerar al alma dotada de sensibilidad porque siendo ésta una condición transitoria del cuerpo organizado por subordinación al influjo radiador de la energía anímica, quizás las más importantes de las propiedades de la materia organizada la que una vez abandonada por esa energía parcial o totalmente pierde la condición sensible, así, pues, el hecho de que la energía espiritual que en fuente emisora de varias energías conocidas y

desconocidas sensibilice al cuerpo, no se infiere su sensibilidad, como no se deduce que la luz natural por el fenómeno de sensibilizar la placa fotográfica sea sensible, como tampoco se presume que el cloroformo o el éter o la inyección aplicada al bulbo raquídeo sean insensibles por las circunstancias de anestesiar parcial o totalmente el cuerpo y finalmente que el hecho de que la electricidad impresione un disco fonográfico no se establece que ella sea sensible. Preconizar la sensibilidad como una integración del alma es una prerrogativa inconcebible porque sería un absurdo conceder a la espiritualidad las emotividades voluptuosas y todas aquellas funciones que corresponden íntimamente a los cuerpos organizados fisiológicamente, la ideología de la sensibilidad no puede rebasar los límites de la corporeidad que es exclusivamente fisiológica sin lastimar profundamente el concepto de la sentimentalidad que es eminentemente anímica y aunque ella se relacione mediatamente con operaciones especiales que se contraen al sentimiento, sus manifestaciones cardinales no caen bajo el imperio absoluto de la voluntad como control de todos los actos del ente que no estén circunscritos a la individualización.

Muchas son las propiedades de los seres que pueblan la naturaleza y que paulatinamente y mediante procesos misteriosos de la fuerza creadora, sufren modificaciones resolviéndose en transforma-

ciones sucesivas, alejándose y diferenciándose de su primitiva condición, pero en cada una de estas etapas que son otras tantas adquisiciones alcanzando siempre un grado más de adelanto, se observa algo peculiar que caracteriza al tipo, y así desde la materia homogénea de la vida celular, con su irritabilidad hasta el ser organizado con su sensibilidad nótese una evolución preparatoria que adquiere su mayor amplitud en el hombre, con un campo fisiológico favorable en donde el espíritu puede desenvolver libremente las facultades de su entendimiento en las varias modalidades de su complejidad, de todo lo cual deducimos que la sensibilidad del cuerpo organizado no es realidad más que una condición genésica del principio vital susceptible de impresionarse sensiblemente merced a la virtualidad de la energía espiritual.

Y para concluir, definiendo la triple potencialidad sustentada diremos que una acción súbita inesperada que impresione al yo con el ritmo de sus vibraciones es el fiat de la energía del Entendimiento como proceso inicial de la racionalidad; se resuelve en un acto de abstracción ideológica que es el pensar que se piensa en un principio de algo que está en uno y que es el yo en su expresión vivida, que existe; y esta operación no es atributiva de ninguna otra actividad espiritual porque todos necesitan para su actuación el concurso de la Memoria y de la

Voluntad, mientras que el pensamiento elemental primario del acto potencial por el cual se virtualiza el yo no requiere antecedentes de ningún género; luego no hay que concederles potencialidad a la Inteligencia ni al Conocimiento, ellos son agentes representativos o facultades del Entendimiento, ya que no hay conocimientos sin inteligencia, ni ésta existiría sin la inmanencia pensante del alma que se sintetiza en el Entendimiento, ni menos sin la volitiva que se contrae a la voluntad, ni tampoco sin la recordatoria que se circunscribe a la Memoria.

Capítulo XII

RELIGION SIN FANATISMO

I

La idea de Dios es innata dicen unos; la idea de Dios es invención, replican otros; la idea de Dios es ilusión, claman los menos; pero sea cual fuere la procedencia de la idea, lo cierto es que la universalidad de los racionales convienen en la concomitancia ideológica de la existencia de Dios.

La noción de adoración es tan antigua como el ser autóctono: ¿de dónde se origina tal aserto? Las hipótesis tienen que remontarse hacia los génesis de la existencia humana y aun hoy no se puede establecer rigurosamente cuál fué el estímulo que inclinó al ser primitivo a honrar a Dios.

La revelación no puede ser el punto de partida de la adoración, porque la Teogonía con su gentilismo existió antes que aquélla; así lo más prudente

te es hacerla proceder de la misma efímera naturaleza del hombre, quien en los momentos de dolor, emoción, pena y tristeza, buscara su confortación y lenitivo en el maravilloso conjunto del firmamento, y quizás ahondando algo más, la encontraríamos en los estertores de la agonía, porque a la hora de la despedida eterna, en el momento en que la vida se escapa hacia los confines de lo desconocido, tanto el ignorante como el sabio, reconocen la realidad de la muerte y desean prolongar su existencia; ese momento de impotencia, ese esfuerzo de supremo anhelo puede conceptuarse como la elevación inconsciente de una plegaria!

La virtud de la fe vinculada en la creencia de la existencia de DIOS es la generadora de actos de devoción que concurren al fundamento de la oración, y adorar a Dios es la expresión máxima de la fe. Felices aquellos que sienten en su alma la llama de la fe, porque ellos encuentran en ese manantial inagotables fuerzas para el batallar incesante de la vida, y siempre conservan la energía de su espíritu para las grandes ocasiones en las que el abatimiento a veces parece hacer sucumbir la voluntad.

La fe es la inseparable compañera que nos alienta en todas las ocasiones en que el temor, la duda, la pusilanimidad, asaltan nuestra mente; ella es el consuelo que DIOS concede a los timoratos para preservarlos de las asechanzas del mal; ella

nos defiende de las debilidades de nuestra naturaleza confortándonos en el santo temor a DIOS; esa es la fe que redime, la que salva, la que eleva nuestros pensamientos a la ignota región de lo celestial compenetrándose con la idea excelsa de DIOS!

La creencia en DIOS adorándolo con fe constituye la síntesis de todas las religiones monoteístas. La pretendida supremacía de cada una religión sobre las otras ha causado conmociones sociales en la tierra, prueba del atraso de la humanidad al confundir los medios con el fin.

Toda religión ha aspirado a la perfección en sus procedimientos para la comunicación o acercamiento hacia DIOS y todas han sostenido su prelación sin reflexionar que cual que sea el culto que se adopte, la intención es idéntica en todas, porque tratándose de cuestiones espirituales aquélla es tan sustancial como el hecho o acto en materia social. De esa intransigencia religiosa, origen de innúmeros y vituperables procedimientos que han colmado de novedad al culto cristiano, ha resultado un gran mal para la Iglesia romana: la pretendida hegemonía entre sus similares, hegemonía que no estriba más que en numerosas fórmulas rituales sin otra consistencia que la que le ofrece la inconsciencia de la universidad de sus adeptos, asesorada por ciertas prédicas sofísticas de sus predicadores. Las intran-

sigencias católicas con arrogante y soberbia expresión apocando y motejando a los que no hacen causa común con sus particularísimas y especiales innovaciones dictadas por sus concilios, en lo que concierne al dogma y al culto, demuestra evidentemente que está poseída de una exagerada aprehensión mística que se interpreta como el sumun de la ortodoxia religiosa: el fanatismo, última y bastarda expresión de la fe desposeída de su prístina pureza.

II

Las prácticas cristianas instituídas por Cristo y sus primeros discípulos y a las cuales todo cristiano debe rendir acatamiento están muy distanciadas de las que actualmente impone la Iglesia romana, y en tanto que las primeras son hijas de la mansedumbre espiritual del enviado de DIOS, las otras son perentorias disposiciones o imperativas y obligadas imposiciones, con sanción, de los varios Concilios celebrados en las grandes épocas de crisis religiosa. Demás está decir que en caso de duda sobre la elección de prácticas, el cristiano debe pronunciarse por las primeras, sin temor de ofender a DIOS en la persona de Jesús, su enviado. Nada debe ser más grato a DIOS que la unción del espíritu al elevar la oración en un sitio cualquiera fuera del mundanal

ruído, donde la quietud, el reposo y el silencio impongan al retiro toda la majestad de su expresión. ¡Oh! ¡cómo debe elevarse tal oración hacia las altísimas regiones morada de la excelsa Sabiduría! Cuando en las horas del vagar imaginario el pensamiento trasciende las esferas perdiéndose en las lejanías del infinito, la mente se turba ante la peregrina idea de la concepción de Dios y caemos inadvertidamente en esta reflexión: la formación y organización de los firmamentos no pueden ser nada que algo no sea, y en invariable síntesis de energía directriz está integrada la esencia inteligente que soberanamente crea y conserva, y he aquí cómo impensadamente definimos a DIOS, y también cómo sin explicárnoslo reconocemos la necesidad de que esa superioridad inmanente sea reverenciada como consecuencia del altísimo agradecimiento que infunde al espíritu la existencia del ser pensante, aunque transitoria, en este mundo; esa gratitud la compendia el ser en la elevación de su alma por medio de la oración, que es necesidad sentida por el espíritu para su expansión íntima con la Divinidad.

El fervor religioso es el entusiasmo por todo aquello que atañe a la religión cumplimentando aunque exageradamente las prácticas establecidas por la Iglesia; ahora bien: ¿cómo encontrar un límite a esa exagerada interpretación de las cosas de la Iglesia? ¿Cómo establecer el equilibrio entre la idea fa-

nática del creyente y la verdad cristiana? ¿Cómo abolir esas intolerables prescripciones del católico en desacuerdo con los mandatos de la palabra evangélica? Sólo un medio nos permitiríamos recomendar: que se lea con firme atención, con intención recta y reflexión juiciosa y razonada la Santa Biblia: en ella se encuentran las sublimes verdades del Mártir del Gólgota que dieron origen a la religión cristiana, por ella se penetrará en las profundidades filosóficas y metafísicas que encierra nuestra religión; por ella se convencerá el lector que Jesús vino al mundo a predicar la más alta moral concebida para dirigir a la humanidad por el camino de la virtud y de la paz espiritual, sin perjuicio de las leyes naturales que son otras tantas creaciones de DIOS para conservar la armonía de la vida en el ser hasta su desintegración.

